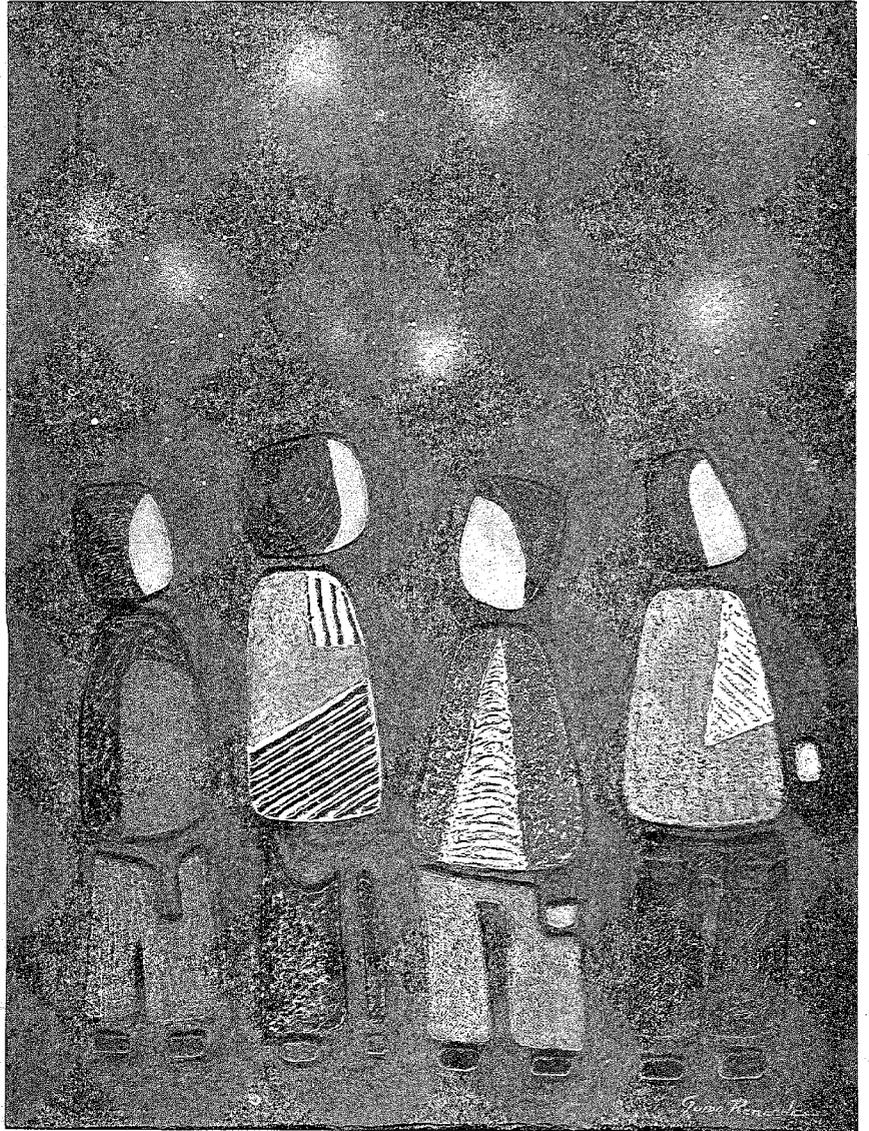
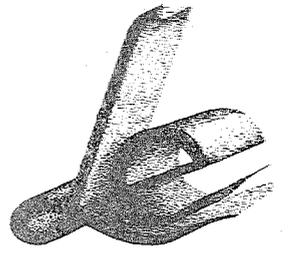


# Letras

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "Benjamín Carrión"  
Quito, SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1993, VALOR: S/. 1.500

DEL ECUADOR



# 179

ENTREVISTA:  
"El Cine Nacional no existe"  
DANIELA CREAMER

CUENTO:  
Perdido en la Eternidad

POESIA JOVEN  
MAURICE MONTERO

LIBROS

**DIRECCION GENERAL**  
CAMILO RESTREPO

**DISEÑO Y DIAGRAMACION**  
Santiago Palacios

**ILUSTRACIONES**  
Guido Remache - Patricio Palacios  
Portada: Guido Remache (Tca. Mixta)

**PRENSISTA**  
Luis Tello

**IMPRESION**  
Fondo Editorial CCE

**DISTRIBUCION**  
Fondo Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (Av. 6 de Diciembre Nº 794 y Paralel  
Castilla, Nº 67  
Tel: 565-721

**PERSONAL TECNICO**  
Los autores responden por las ideas expresadas bajo su firma

**LEVANTAMIENTO DE TEXTOS**  
LA COLABORACION ES ESTRUCTAMENTE SOLICITADA

**CONSEJO EDITORIAL DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMIN CARRION"**  
Enrique Ayala Mora  
Fernando Balseca  
Vicente Espinoza  
Alfonso Espinoza  
Edgar Freyre  
Xavier Lasso  
Hugo Larrea Benalcázar  
Claudio Mena Villamar  
Luis Mora  
Julio Pazos  
María Eugenia Quintero  
Camilo Restrepo

# Sumario

2	MENSAJE A LA JUVENTUD
3	PERDIDO EN LA ETERNIDAD (Cuento) <i>Fernando Ortíz Sanz</i>
6	MORIRSE COMO UNA CABRA (Teatro) <i>Julián Gustems</i>
8	CRISTOBAL ZAPATA (Poesía Joven)
9	Ramón Gómez de la Serna EL LECTOR DE LA CALLE - <i>Francisco Umbral</i>
10	Entrevista DANIELA CREAMER "El Cine Nacional no existe"
12	LOS TESTIGOS (Poesía) <i>José Joaquín Silva</i>
14	TAN BONITA Y TAN SEÑORA (Cuento) <i>Hugo Larrea Benalcázar</i>
16	CESAR ANDRADE Y CORDERO (Ensayo) <i>Teodoro Vanegas Andrade</i>
17	UNA MUSICA DE AMOR (Cuento) <i>Carlos Carrión</i>
18	VRAJAIN Y EL PAISAJE (Homenaje) <i>Euler Granda</i>
19	El Descrédito del Ojo MAURICE MONTERO <i>Raúl Serrano Sánchez</i>
20	LIBROS, LIBROS
23	DISCURSO EN HONOR DE SIMON BOLIVAR <i>José Martí</i>
24	DALI: SURREALISMO Y CINE <i>Ramiro Larrea C.</i>



A la juventud ecuatoriana se le ha relegado. Los jóvenes no tienen cabida en la dirección de la política nacional; son marginados de la actividad económica y de la conducción de las soluciones que deben darse a los diferentes problemas y conflictos sociales que se presentan en la nación.

La juventud ecuatoriana no se ha integrado al quehacer cultural en forma organizada y firme, lo cual resta su aporte fundamental y valioso. Por eso, abrir paso a la juventud debe ser la consigna de esta hora.

En el campo cultural la falta de la acción juvenil es notoria. Solamente los consagrados son los llamados a dictar conferencias, a editar libros, a hablar sobre la cuadratura del círculo y a opinar sobre

LETRAS DEL ECUADOR hace un fervoroso llamamiento a los jóvenes creadores para que colaboren en nuestro periódico ya que LETRAS quiere ser el periódico de la juventud.

## Caricatura



1893 **VICENTE HUIDROBO** 1993

### ARTE POETICA

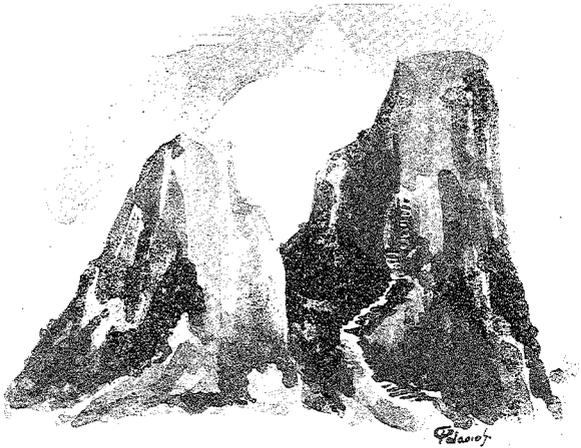
Que el verso sea como una llave  
Que abra mil puertas.  
Una hoja cae; algo pasa volando;  
Cuanto miren los ojos creado sea,  
Y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu  
palabra;  
El adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.  
El músculo cuelga,  
Como recuerdo, en los museos;  
Mas no por eso tenemos menos fuerza  
El vigor verdadero  
Reside en la cabeza.

Por qué cantáis la rosa, ¡oh, poetas!  
Hacedla florecer en el poema;  
Sólo para nosotros  
Viven todas las cosas bajo el Sol.

El poeta es un pequeño Dios.



Desempeñaba yo un cargo diplomático en Roma poco después de la segunda guerra mundial. Vivía en vía del Babuino cerca de la Plaza de España y concurría algunas tardes a una cervecería de vía della Croce situada en las

vecindades. En aquel ambiente humoso y cordial de mesas colmadas de chops con escaños adosados a los blancos muros que presidían unas cornudas cabezas de renos, se reunía una abigarrada clientela: periódistas, gentes de teatro, estudiantes, dos o tres diplomáticos, comerciantes del Corso Humberto o vía Condotti y laguna mujer generalmente solitaria y hermosa que, por supuesto, no tardaba nada en desaparecer. Allí, en una mesa discreta y apartada, se fue decantando al paso del tiempo una suerte de "peña" cosmopolita de amigos ocasionales que bebíamos, fumábamos y nos marchábamos luego, cada uno por sus cosas, sin incurrir en preguntas o compromisos. Los que quedamos firmes después de unas semanas fuimos un secretario de la Embajada de España ante el Quirinal, un Consejero de la Misión de Portugal ante el Vaticano, un redactor de "Il Messaggero", un historiador colombiano retirado y yo Encargado de Negocios de Bolivia ante la Santa Sede. Los libros recientes, los problemas de la América Latina, la democracia de De Gasperi, los viejos documentos del Vaticano y los estrenos del Teatro Valle hacían el gasto de nuestras charlas. Roma convalecía rápidamente de la guerra y tanto las instituciones de cultura como los centros de diversión reverdecían por doquiera.

Una tarde de mayo de 1948 el diplomático portugués llegó acompañado por un joven y bien parecido Monseñor de los que sirven por decenas en la burocracia vaticana preparándose para un futuro de nunciaturas y obispados. Vestía un pulcro traje seglar y solamente los lentes con delgado aro de oro más cierta timidez traicionaban al sacerdote y al intelectual.

"Monseñor Cardarelli es un querido amigo y un destacado investigador del Archivo Secreto Vaticano, nada de eso señor Conde, apenas un estudioso - su español era impecable - perdido en los documentos, ese sí que será trabajo interesante, y absorbente, pero el Archivo Secreto ya no es "secreto" Excelencia, desde 1881 fue abierto a los investigadores es claro que algunos códices, hay que hacerse una idea se trata de un tesoro documental que abarca veinte siglos después de Cristo y otros cincuenta siglos anteriores, y que incluirá además de papeles

# PERDIDO EN LA ETERNIDAD

FERNANDO ORTIZ SANZ

propriamente dichos, imagine usted papiros, cartas geográficas y marinas, ladrillos cocidos, estelas de piedra, lo que usted imagine, versiones directas del pensamiento de todas las épocas relato de sucesos, es claro, es claro para perderse y admirar aquello es complejo pero cuando se delimitan previamente eventos períodos personajes todo se encamina hacia la claridad, y cómo esta acumulación acá junto al Tiber, desde los grandes viajes cuando se descubrieron tierras pueblos culturas había siempre sacerdotes que con venia de Roma iban con los expedicionarios, que observaban escribían e informaban, a sus superiores, digamos al Papado, la Iglesia sin proponérselo fue salvando de la destrucción o el extravío millares de testimonios de la sabiduría antigua sorprendentes conocimientos astronómicos increíbles técnicas médicas, es claro es claro, y ahora saldrán de ese repositorio, quizás más misterios que esclarecimientos, así es..."

Recuerdo que aquella tarde la conversación fue muy amena y prolongada con muchas referencias a la cultura incaica y otras precedentes "localizadas - dijo el español - en tierras de Pizarro". Le recordé, con unos adarmes de ironía, que Pizarro había llegado al ocaso del mundo andino, a las postrimerías de un esplendor que estaba todavía por investigarse.

"Usted es boliviano, señor Ministro, si Monseñor tengo ese honor, y dígame la lengua de los Incas, es quechua, sí, el quechua se habla aún en su país, en Bolivia, el Perú y el Ecuador es la lengua viva de un tercio de la población a ese extremo, si Monseñor yo mismo la hablo como el español y hasta he publicado un par de libros referentes a la cultura incaica, vaya vaya, pues le tengo una sorpresa Excelencia, Ud. dirá Monseñor, nada sino que investigando en el Archivo tenemos ahora un estudioso quechua, un intelectual notable, un tanto exótico si se quiere, pero profundo conocedor del Incaico, me será muy grato conocerle y conversar con él, don Paulo Topa tendrá también mucho placer, su cultura general es inmensa y conoce muchos países y lenguas incluido un purísimo latín pero su vida parece consagrada a esa civilización, bueno no yayan ustedes a excluirnos, a usted apreciamos mucho Ministro Otavi y conocemos

de oidas los méritos del señor Topa de manera que ya sentimos curiosidad por esa entrevista, de todo se informará a este foro en debido plazo..

El sofocante verano romano nos dispersó, por Capri, Taormina y Rimini y era ya septiembre cuando volvimos a encontrarnos en la cervecería.

"... no, no tardarán, así espero señor Conde, y el verano, soberbio, las mujeres se ven más hermosas mientras más años cumplimos, debería ser al revés, quita hombre ellas más feas y nosotros más jóvenes, señores, señores, lo que conviene es no cumplir años, si no me equivocaba una cita pendiente, se lo recordé ayer a Monseñor, exacto ahí llegan".

Un tanto exótico nos habían dicho pero aquello era poco decir para referirse al extraordinario personaje alto y sólido que ingresaba con Cardarelli. Era un indio sin duda, un indio imponente que irradiaba señorío. Cabello renegrido y lacio, color cobrizo, rostro alargado de facciones regulares, grandes ojos oscuros como somnolientos y una sonrisa estática en dientes blanquísimos. Su ropa oscura era impecablemente europea y sus ademanes algo estudiados ligeramente despectivos. Señorial pensé impresionado- parece un príncipe, y un chisporroteo de amatas y curacas se encendió en mi recuerdo de los valles quechuas de Bolivia. Se detuvo ante cada uno de nosotros estrechando nuestra mano y presentándose, Paulo Topa, Paulo Topa, Paulo Topa, sonrió luego con amplitud mientras se sentaba y encendía un cigarrillo.

"Gracias a todos por recibirme en su círculo, gracias especiales a usted Ministro Otavi, he leído sus libros y lo aprecio como a un amigo de mi gente. nada que agradecer don Paulo, por el contrario, no, ya Monseñor Cardarelli me ha dicho los méritos de cada uno de ustedes, yo vivo, cómo decirlo, sofocado por los viejos papeles y es refrescante volver con los vivientes después de pasar horas con los muertos porque esos son, ya saben ustedes, los moradores de los códices".

Sonreía siempre y su voz era tan grata



como su aspecto, fumaba con lentitud, bebía con parsimonia y hablaba con atenta oportunidad festejando nuestras bromas y ayudándonos, aun cuando sólo fuera con su sonrisa, a desmadejar el habitual ovillo romano: intrigas amorosas, discursos académicos y recepciones diplomáticas. Aun cuando cortés y atento a la charla, su prestancia y un cierto laconismo más discreto que tímido, nos abrumaron algo y la grata reunión fue más bien breve como si algún signo o palabra clave faltara entre nosotros, tal el santo y seña entre combatientes de un mismo ejército, de manera que nos despedimos sin entrar en la conversación que interesaba. Sólo al marcharse se volvió hacia mí para preguntar en tono amable "¿Tinkusunchu? o sea ¿Nos veremos? Le respondí con cordialidad "Cusisaj tinkususpa, caruta rímananchej kasian", "Me alegraré encontrarte, tenemos que conversar largamente". Me miró con agrado quizás por mi buen quechua acerca del cual, viéndome rubio y occidental, había tal vez dudado. Después me rogó llamarme al Gran Hotel en donde se hospedaba y yo le ofrecí hacerlo en breve. Se marchó con Monseñor Cardarelli luego de asegurarnos con buen humor que "en una pequeña cervecería hay más humanidad que en un colosal archivo". Me marché del brazo de Ponce de León hacia ninguna parte, hacia la "prima sera" romana que hormiguea de cañés cosmopolitas, mujeres elegantes y automóviles de lujo en torno de la Plaza de España.

"Fascinante personaje, fino como un príncipe y tú crees, si es un quechua sin duda alguna, con impecable ropa londinense, y el Gran Hotel, el más aristocrático de Roma y el más caro, por eso no te preocupes este paisano tuyo tiene abierto en el Banco Ambrosiano un crédito de cien mil libras esterlinas, demontre, ni más ni menos, lo sabemos en mi Embajada porque la transferencia se hizo desde Madrid al concluir la guerra civil cuando estos pagos cuantiosos eran investigados, y quien en Madrid, hombre no lo sé pero acá en Roma se habla de un oro físico confiado a fideicomisarios anónimos para éste y otros pagos, vaya vaya, faltaría que estemos ante un verdadero príncipe descendiente del Sol y heredero del oro que sobró en Cajamarca después de los mandobles de tu Francisco Pizarro, no rías tanto que acaso no estés descaminado, no si no río, tras años de Sevilla, Simancas y El Escorial, dos años de Londres en el Museo Británico y dos más acá en el Archivo Secreto Vaticano, hombre guarda que tus cálculos suman siete años y mucho dinero, y eso solamente de lo que sabemos porque otros viajes, pero qué edad te echas tú, no sé, cuarenta años, o veinte, o sesenta, es un caso de edad indefinible, y dime cómo es que recién me entero de su existencia, sale muy poco, me sorprendió verte llegar a la cervecería, habrá sido porque tú también vienes de esas alturas arqueológicas y tienes ya un mohoso renombre de investigador incásico, creo que deberías conversar con Monseñor Cardarelli para precisar de acá, lo objetivo porque lo demás son cábalas.

Una semana después hablé con Cardarelli en busca de esas precisiones que

resultaron frustráneas y llamé luego al Gran Hotel. Quedé con don Paulo en que cenáramos juntos al día siguiente en mi departamento de vía del Babuino para conversar libremente "acerca de viejos papeles y otras cosas interesantes". Cosas que, en verdad, después de los años, me tienen pasmado todavía.



Llegó puntualmente, vestido con apropiada sobriedad y acompañado por una mujer muy hermosa, que iría más o menos por los cuarenta años, envuelta en un delicado perfume.

"Espero que no tenga usted inconveniente, por el contrario don Paulo me hace un honor, permítame presentarle a la doctora Laura de Santis, a sus pies doctora, piacere Eccellenza, esta bella mujer es mi médica y me sirve tanto que su ciencia como me honra con su amistad."

La ayudé a quitarse el tapado de visión y admiré su belleza casi rubia que emergía en los hombros desecotados de un vaporoso vestido negro mientras don Paulo observaba con discreta curiosidad los cuadros, libros y estatuillas que vinieran conmigo de Bolivia y decoraban la sala. Una cena fría ordenada por teléfono al Café Rosati dos botellas de champaña nos reconfortaron gratamente y la

conversación, toda en italiano, cobró interés y brillo en el diálogo de mis interlocutores al que yo no aportaba sino las preguntas de mi curiosidad. Tratamos en la mesa de la actualidad mundana y cultural de Roma, recordamos viajes y lecturas y después de la cena nos instalamos con un frasco de brandy frente al fuego. Afuera lloviznaba en la noche otoñal.

"No soy boliviano sino andino Excelencia, nací cerca del Cuzco pero tampoco soy peruano porque esas nacionalidades cuando yo nací, andino está bien dicho - interrumpió vivamente la doctora pero él después de mirarla con una impaciente sonrisa, prosiguió imperturbable - no importan mucho nacionalidades o fronteras pues nuestro verdadero ser se debe a regiones y ancestros inmensurablemente más amplios y legítimos que las denominaciones que desparrama, la Historia. Esta divagación, Excelencia, nos ayudará a comprendernos, a hacernos amigos, que es cosa que me hace falta, será un honor don Paulo y la divagación que usted dice es un tema ontológico que me interesa profundamente. Todos sabemos Excelencia que la Historia es temporal, que acontece en el tiempo, en plazos que por ahora resultan limitados pues los períodos históricos, aun los más duraderos e importantes, acaban por morir igual que sus gestores y protagonistas. Los hombres, en cambio, en nuestra estructura mental, en nuestra conciencia y sobre todo en nuestra voluntad de inmortalidad, vale decir en nuestra esencia absoluta, rechazamos la muerte pues

sabemos y sentimos que somos criaturas de la Eternidad".

odo lo anterior fue dicho con mesura pero en tono de convicción irrefutable. La mirada meditativa de la hermosa mujer estaba clavada en el fuego de la chimenea: Brillaban los reflejos de las llamas en su larga cabellera de caoba y en sus ojos, quizás me equivocaba, brillaba también un centelleo como de lágrimas.

"Es cierto cuanto usted dice don Paulo pero tendrá usted que admitir que, Historia o no Historia, en alguna parte estamos, comentario exacto Excelencia, estamos temporalmente detenidos en alguna "parte" y por eso no llegamos al "todo" de nuestro destino. Cierro don Paulo, ese es el gran tema religioso de la existencia perdurable que nos aguarda después de la muerte, no no, Excelencia, por favor excluyamos lo dogmático, no me refiero a ninguna hipótesis trascendente sino que hablo lisa y llanamente de la vida total y única, de la vida entendida como entidad imperecedera. Vamos don Paulo que no hace mucho hablaba usted de muerte e inmortalidad para hombres y civilizaciones, correcto Excelencia, pero me refería a ello como a un trance circunstancial de ignorancias y temores que hay que superar como se supera una etapa desviada del camino para llegar a la meta verdadera. Es decir que la vida, esta vida como usted dice, sería eterna, eso es, la vida es eterna en sí misma, pero entonces la muerte, toda muerte es aparente, es una falacia, nada muere, la muerte no existe después del conocimiento!".

Yo callé recordando a Goethe: "Ningún ser puede caer en la nada, la esencia eterna vive y obra perennemente en todo". Las últimas aventuras afirmaciones vinieron en tono apasionado. Los leños chisporroteaban, la doctora de Santis fumaba silenciosa. Confundido por la naturaleza de aquella profunda y e x t r a ñ a argumentación, hice un esfuerzo por regresar a lo concreto hablando de las investigaciones que Monseñor Cardarelli había mencionado como ocupación

absorbente de este teorizador que, para quien no tratara de comprenderle de buena fe, se habría perfilado como un ocultista o algo peor.



Pero yo acababa de escucharle y encontraba que de su cultura, de su aplomo, del misterio de su personalidad y su necesidad de amistad, emanaba una seriedad grave, casi dolorosa, como si fuerzas ineluctables lo tuvieran suspendido entre dos mundos a ninguno de los cuales pertenecía por entero y que el contemplaba desde la distancia tal un náufrago que mira la orilla inaccesible. Habíamos callado don Paulo como arrepentido de su espontaneidad, la doctora de Santis con preocupación y yo con perplejidad.

"Entiendo que sus investigaciones don Paulo, muy adelantadas Excelencia, casi concluidas, la ayuda de Monseñor Cardarelli ha sido inapreciable en el Archivo Vaticano y la doctora de Santis me ha cooperado con igual eficacia en otros ámbitos, usted doctora, pero es que usted también se interesa por los viejos documentos, oh no señor Ministro, yo estoy consagrada a mi profesión médica y cuando Paulo menciona mi cooperación se refiere al cuidado de su salud, a unas rutinarias sesiones de psicoanálisis a que ha querido someterse y a las informaciones que reuní a su pedido sobre frenología y viejas trepanaciones, pero es que usted doctora, sí, además de la laurea en medicina general tengo un doctorado en Psicología. Delicioso brandy Excelencia, si es un añejo Cardenal Mendoza, cree usted Excelencia, dejemos eso de Excelencia don Paulo, somos personas de aproximadamente la misma edad, treinta años verdad, o trescientos es igual, usted comprendé que quien niega la muerte simultáneamente niega el tiempo, bueno don Paulo como usted quiera, pero tiene usted razón apeémonos del Excelencia y del don, así corresponde entre buenos andinos, y bebamos más champaña que así corresponde con dama tan hermosa, gracias señores, yo los serviré, el vino hará bien, como digo, me siento deprimida".

licé los leños, encendimos dos Partagás verdosos y frescos y nos repantigamos nuevamente. La rubia doctora colmó nuestras copas con champaña helado. El Otoño rezongaba fuera con rachas que sacudían las ventanas y había, pese al crujiente fuego, como el frío de algo que no veíamos pero que estaba allí. Desde vía del Babuino, calle de artistas y bohemios, venía un rumor sofocado de músicas y risas. Un organillero cantaba un stornello y se alejaba por la noche.

"Provengo, amigo Otavi, no de una rama sino del tronco mismo de la estirpe de los Incas. Nací en la región del Cuzco y fui educado para Príncipe de mi pueblo por los amautas de la sede andina de Patallajta. Fui educado en el conocimiento de nuestra lengua, tradiciones e Historia, en la norma moral del "ama sua, ama llulla, ama khella", en las artes del gobierno y de la guerra, y en avanzadas ciencias que aún no se conocen. Dispóngase a escuchar cosas que le parecerán absurdas, le ruego ser paciente, después habrá ocasión para aclaraciones. Hablaré la verdad que es mi único lenguaje, hablaré ante usted a quien apenas conozco pero que resulta ser, en este momento de las constelaciones, el hombre que atraviesa mi mismo meridiano".

Tan extraño y grave resultaba todo aquello que ni la doctora ni yo pronunciamos palabra. En silencio, casi con timidez, la bella mujer escanció más champaña.

"Busco desde hace incontables años una gran piedra estelar, anterior a los Incas, a los kollas y acaso al mundo. Es un monolito de los que llaman tiwanacotas porque allí se hallaron los primeros, hecho de la que hoy conocemos como andesita piroxénica y que vino a este planeta en los albores del incario trayendo grabada la fórmula de una substancia que preparada y aplicada por los amautas comenzó a eliminar la muerte. El monolito desapareció al sucumbir nuestro Imperio y en el genocidio subsiguiente cayeron los amautas que guardaban memoria de la fórmula de manera que resultó perdida cuando ya se la aplicaba con sucesos. Cómo pudo desaparecer sin huella - no pude menos que interrumpir - semejante piedra colosal, quizás enterrada por una avalancha, o por el aire donde las cosas no dejan huella, y esperaba usted encontrar este monolito volador en un museo europeo, ciertamente no ni en ningún lugar visible en donde su importancia lo habría delatado, pero era lógico suponer que algún vestigio suyo podría hallarse en el acervo documental que fluyó de América a Europa en los siglos de la Conquista y me apresuro a decirle que así ha sido, que encontró usted su monolito amigo Topa, no tanto como eso, Felipe, y su ironía me encanta, pero ahora sé donde buscarlo con certeza y para ese efecto me dispongo a viajar a los Andes y quizás a regiones más lejanas. Pero en resumen, Paulo, en nombre del cielo, qué secreto es este que puede cambiar el universo y por el que usted se desvive, se lo diré en palabras lianas, se trata de una fórmula cuya primera parte llegó a los egipcios y cuyo desarrollo complementario llegó a nosotros los Incas, la fórmula perfecta para embalsamar".



dimos el paso definitivo porque, desarrollando y aplicando correctamente la fórmula perdida, logramos no sólo evitar la descomposición sino preservar la organicidad de los cuerpos, inertes después del deceso, para dar lugar a que, una vez desaparecidas las circunstancias que lo causaron como ser enfermedades, heridas o accidentes, el fluido cósmico momentáneamente interrumpido regresara a ellos y ellos regresaran a la vida. Porque, Felipe, la energía cósmica es un todo coherente y eterno que no puede cesar, se aposenta en lo viviente pero no es lo viviente, es el Cosmos, la Eternidad, Dios si usted quiere. Nosotros hicimos posible que la corriente cósmica interrumpida por algún banal accidente, pudiera regresar después de años o de siglos a cuerpos preservados de modo que pudiera en ellos restablecerse la vida. No hicimos milagros, anudamos los dos extremos de un hilo que se había roto".

¡Un embalsamamiento -balbué en mis adentros- que conserva organismos inertes pero vivos para dar lugar al regreso de la vida animada! No sé si aquel amauta me había embrujado con sus argumentos o si el brandy del Cardenal Mendoza reclamaba sus derechos, pero la verdad es que la teoría no me pareció imposible. ¿Cuántas veces, pensé, se declara muertas a personas que no lo están y que luego, en lenguaje llano, regresan a la vida? ¿Cuántas veces se comenta el caso de muertos



certificados e inclusive sepultados a quienes después se vio vivos? Y yendo más lejos ¿qué decir de los marqueses de Cagliostro, de los Judíos Errantes, de los alquimistas Fulcanelli, de los Giuseppe Bálsamo que según se dice no mueren nunca y siguen peregrinando a través de las edades? Pero ¿en dónde estamos? ¿En la leyenda, en los dominios de la imaginación y de la magia? ¿No encontraremos un día una prueba final, la certeza de una vida prolongada, por un medio u otro, más allá de las fronteras de lo racional? La prueba final estaba en frente mío. Pero tardé en saberlo. La doctora sugirió marcharse pues lo principal había sido dicho y no faltarían oportunidades. Pero no hubo otra oportunidad.

Estuve a punto de estallar en una carcajada y mi príncipe incaico me pareció por un momento un alquimista embrollón y semiloco, pero me contuve en homenaje a nuestra reciente amistad.

"Leo su pensamiento, Felipe y me apresuro a explicarle que las momias no nos interesan, en ellas se quedaron los egipcios con los menudos resultados que conocemos aquel era un embalsamamiento limitado capaz de conservar solamente cadáveres, nosotros



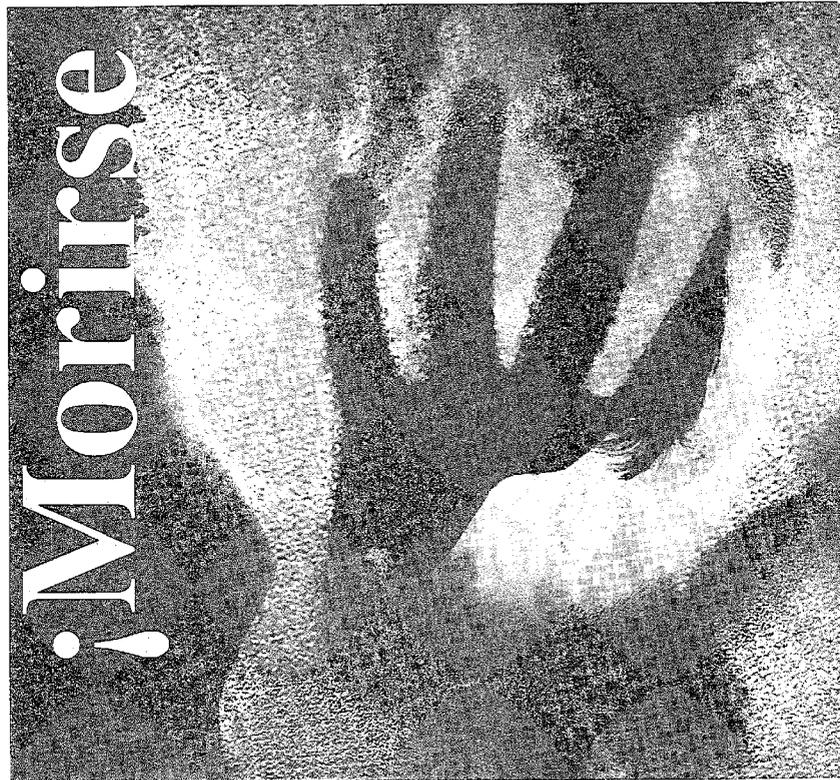
a acción transcurre en una habitación de hotel de pueblo con la tradicional cama, mesita y sillón. Es por la noche y al subirse el telón está en escena Ricardo, leyendo. Pausa. Silencio completo hasta que se escuchan unos golpecitos discretos en la puerta.

teatro

# como una

Pieza en un acto

RICARDO.- ¿Si?  
 VOZ DE MUJER.- ¿Es usted Ricardo?  
 RICARDO.- Sí  
 VOZ DE MUJER.- ¿Me abre la puerta?  
 RICARDO.- ¿Quién es usted?  
 VOZ DE MUJER.- Soy la putilla del pueblo.  
 RICARDO.- (Deja el libro y va a abrir). (Aparece en el dintel de la puerta, Luisa, muy pintarrajeada y vestida muy llamativamente).  
 LUISA.- ¿Me esperaba, ¿verdad? ¿Tardé mucho?  
 RICARDO.- No mucho.  
 LUISA.- Es que no puedo salir antes de que anochezca. Para que la gente no me vea. Comentan tanto de mí...  
 RICARDO.- No se preocupe. No tardó ni tanto así.  
 LUISA.- Pero me esperaba ¿o no?  
 RICARDO.- ¡Claro que la esperaba!  
 LUISA.- Es que a mí me gusta que se me espere ¿sabe? Porque si una es loca o putita o como se le llame a este oficio, pues tengo mi amor propio y nunca ¡jamás, nunca! me entregaría a un hombre que no me aguardase con impaciencia.  
 RICARDO.- Yo la estaba aguardando con impaciencia.  
 LUISA.- (Por el libro) ¿Qué leía?  
 RICARDO.- Algo ligero "Cria y engorde del cerdo"  
 LUISA.- ¿Y le gusta el libro?  
 RICARDO.- Solo encontré dos en todo el pueblo. Este engorde del cerdo no está mal. De todas formas no hay dónde elegir.  
 LUISA.- Un pueblo de caca. ¿Si lo sabré yo! ¿Si no sé cómo se aguanta un pueblo así sin hacer una revolución! ¡Ni un mal libro de ficción, ni una sola novela rosa! ¡Así son de becerras los que viven en este pueblo que la única lectura que les entusiasma es la de las libretas de ahorro!  
 RICARDO.- Usted lo dice: es un pueblo alejado de la civilización.  
 LUISA.- ¡Dígamelo a mí!. ¡Un pueblo perdido entre bóngas de vaca y meas de perro!  
 RICARDO.- Hay muchos perros. De verdad que hay muchos perros.  
 LUISA.- Y que no sirven para nada. Son perros que solo ladran pero que no saben morder.  
 RICARDO.- No me di cuenta. Quiero decir que hasta ahora no me han mordido.  
 LUISA.- Son los únicos seres educados de este pueblo, los únicos que saben distinguir quién es señor y quién no lo es. Y usted es un señor. Lo huelen a la legua.  
 RICARDO.- ¿Si?  
 LUISA.- También yo lo huelo. ¿Iba a venir si no fuese usted un señor? Oiga...  
 RICARDO.- La escucho.  
 LUISA.- Que yo no me acuesto con todo el mundo. Que yo todavía digo sí o no a la cosa.  
 RICARDO.- Pues yo creía...  
 LUISA.- Pues no lo crea. A más de uno le he dicho que no. Que este cuerpo no se entrega a según quién.  
 RICARDO.- Clare.  
 LUISA.- Porque aunque mi oficio es rastroero y salvaje y lleva como una locura en sí mismo, yo sé elegir.  
 RICARDO.- Pues le agradezco la gentileza de haberme aceptado.  
 LUISA.- ¿Cómo negarme? ¡Es usted todo un señor! Se le ve en la cara que ha corrido lo suyo y sabe cómo tratar a las mujeres.  
 RICARDO.- Ignoraba que se hubiese fijado en mí.  
 LUISA.- ¡Vamos, hombre! ¡Fíjame! ¡Pero si no me lo comía en la calle era por pura prudencia!...  
 RICARDO.- Pues, la verdad...  
 LUISA.- ¡He ahí un señor! Me decía yo. Loca yo. Me lo decía yo. Loca de amor, yo. ¡Loca de amor por usted! ¡Tan señor, tan serrote, tan pasmado!  
 RICARDO.- Es una sorpresa saber.  
 LUISA.- Quite. Una sorpresa. ¡Pero si todas las mujeres de este pueblo suspiran por usted!  
 RICARDO.- Pues sigue siendo una sorpresa porque...  
 LUISA.- ¡La locura, hijo! ¡Qué es lo único que saben hablar las mujeres desde que el señor llegó! ¡Mi madre, si hablan del señor! ¡Como cotorras hablan! ¡Y lo que sueñan! ¡Si lo sabré yo que las conozco más que la madre que las lió!  
 RICARDO.- No créa que fuese un acontecimiento.  
 LUISA.- ¡El disloque! ¡La locura!  
 RICARDO.- Y yo tan ajeno.  
 LUISA.- Pues claro, tan ajeno.  
 RICARDO.- Y usted cree...  
 LUISA.- Yo creo. Si el señor abriese la mano le iban a caer como moscas. Porque aquí mucho puritanismo, mucho gritar y en el fondo todas tan locas como yo.  
 RICARDO.- Apañado iría si...



LUISA.- Apañado. Porque más de una le echará el guante si se confía demasiado. La niña del panadero, por ejemplo.  
 RICARDO.- Recuerdo a esta niña.  
 LUISA.- Y quien no! ¡Pero si está de loca como una cabra! ¡Si no hay hombre por el que no suspire!  
 RICARDO.- Pero yo soy un hombre casado, ¿sabe?  
 LUISA.- Esto frena un poco. Es verdad. Un hombre casado comporta problemas a la larga, pero de momento, sirve.  
 RICARDO.- Pero esta niña...  
 LUISA.- Yo creo que esta niña le clavará cualquier día un dardo a su corazón de hombre, porque bizquea un poco cuando ve unos pantalones.  
 RICARDO.- Creo que supervalora mi personalidad.  
 LUISA.- No supervaloro nada, yo. Pero la niña del panadero se le echaría a los brazos con solo que el señor moviese un dedo.  
 RICARDO.- Habré de tomar nota de esta posibilidad. A veces uno se aburre y ¡quién sabe!  
 LUISA.- Y la generala. Con sus aires de mujer intransigente ¡también se le echaría a los brazos!  
 RICARDO.- Pues lo tendré presente.  
 Y todas, todas las mujeres de este pueblo están soñando con usted. Y con razón. Porque, los pobres ¿qué destino tienen o qué destino les aguarda?..  
 RICARDO.- Pues no lo sé. De verdad que no.  
 LUISA.- Honrar al marido, dar hijos, sepultura a los mayores y claudicar al menor signo de decrepitud.  
 RICARDO.- No entiendo...  
 LUISA.- ¡Morirse como una cabra, señor!  
 RICARDO.- (Breve pausa) Pues ya es una bella situación. Porque si es cierto todo lo que usted me cuenta no me atreveré a salir a la calle ni a dirigirme a ninguna mujer.  
 LUISA.- Tendría que recluirse como un fraile.  
 RICARDO.- Y esto es lo que no me gusta: recluirme. Porque yo soy como un avechilla  
 LUISA.- Querrá decir un pajarraco. Porque yo sé de usted mucho más de lo que se inventa por ahí.  
 RICARDO.- ¿Si?  
 LUISA.- Si. Y no lo sé por lo que ha dicho en la panadería o en el juzgado, sino porque le voy siguiendo los pasos día a día, interesándome por pequeñas cosas.  
 RICARDO.- ¿Por ejemplo?  
 LUISA.- Sé que es usted vegetariano.



# cabra, señor!

RICARDO.- Se lo han dicho en la fonda. Esto es fácil de saber.  
 LUISA.- Justo. Esto es fácil pero no todas las mujeres lo saben.  
 RICARDO.- Y, ¿qué más sabe usted de mí?  
 LUISA.- Manuela.  
 RICARDO.- Que cada cuatro días recibe una carta escrita por una tal Manuela.  
 RICARDO.- Cierto.  
 LUISA.- Y esa tal Manuela no es cualquier mujer.  
 RICARDO.- No lo es.  
 LUISA.- Porque si fuese una mujer cualquiera no escribiría con tanta precisión. Cada cuatro días tiene usted carta de la tal Manuela.  
 RICARDO.- Es mi hermana.  
 LUISA.- No se lo he preguntado.  
 RICARDO.- Pero como sé que no tardaría mucho en hacerlo me adelanto.  
 LUISA.- Su hermana. Su hermana se llama Manuela González y si no me equivoco usted lleva de apellido García.  
 RICARDO.- Puro capricho. No me gusta lo de González y abrevié el apellido.  
 LUISA.- No camelo. Que no camelo, señor. Pero a mí tanto me da que sea su hermana, su mujer o su novia.  
 RICARDO.- Tanto le da  
 LUISA.- Me basta con mi propio amor. Paso por todo con tal de tener mi propio amor.  
 RICARDO.- Está usted convencida de que el amor va a llegar de un momento a otro.  
 LUISA.- Me lo dice el pie izquierdo. A muchas les da por conocer si va a llover o no según les duele la rodilla. A mí me basta que me duela el pie izquierdo para saber que el amor está llamando a mi puerta.  
 RICARDO.- Pues vamos a por el amor.  
 LUISA.- Después.  
 RICARDO.- ¿Todavía hay que esperar?  
 LUISA.- La impaciencia ayuda, señor. Si me hubiese dejado caer desde el primer momento en sus brazos el señor dirá de mí que soy una mujer sin moral. Si retraso el momento, si le pongo a la historia un poco de sal y pimienta el señor va a gustar mejor la carne que le ofrezco.  
 RICARDO.- Es una buena imagen.  
 LUISA.- Es que yo, aunque no lo parezca, soy muy culta. Y ese ha sido mi problema en la vida. Demasiada cultura asusta a los hombres.  
 RICARDO.- No me diga.  
 LUISA.- Sí lo digo.  
 RICARDO.- Pues dígamelo.  
 LUISA.-¿ Le interesa, pues?  
 RICARDO.- Si hay que demorar el sublime momento de la entrega... mejor llenar el tiempo con una buena conversación.  
 LUISA.-¿ Sabía usted que además de ser la putilla del pueblo soy licenciada en física?  
 RICARDO.- ¿Qué me dice?  
 LUISA.-¿ Quiere que se lo demuestre? ¿Quiere que le explique con pocas palabras la ley de la relatividad?

RICARDO.- ¡Sólo faltaría! Quiero decir que no. Que le creo. Aunque no hace cara.  
 LUISA.- ¿Es que los licenciados en física hacen una cara especial?  
 RICARDO.- No son tan hermosos.  
 LUISA.-¿ Hombre! ¡Ya era hora que de sus labios se desprendiese un piropo!  
 RICARDO.- ¿No se lo dije?  
 LUISA.-No le oí. Y esto que una está versada en estas cosas, en saber captar los piropos.  
 RICARDO.- Pues le pido disculpas por la tardanza.  
 LUISA.- Soy una licenciada en física, sí señor. Ya ve. Y ¿qué puede hacer una mujer de mis condiciones en un poblucho donde el hombre que sabe más apenas si suma dos y dos?. Pues yo se lo diré, señor: a una mujer en mis condiciones solo le queda echarse a la calle y entregarse al primer hombre que la mire. Y esto fue lo que hice.  
 RICARDO.- ¿No intentó casarse?  
 LUISA.-De intentarlo lo he intentado todo, señor. Todas las mujeres lo intentamos todo, señor.  
 RICARDO.- Su destino es ingrato e incierto.  
 LUISA.-Me gano la vida como puedo. Eso sí, con decencia.  
 RICARDO.- *(Se acerca a la mujer y pretende besarla).*  
 Hemos de confraternizar.  
 LUISA.-Esto de esta noche le va a costar muy poco. Porque yo voy a entregarme sin cobrar ni una perra.  
 RICARDO.- Pero yo no puedo consentirlo. Un caballero...  
 LUISA.-Pues porque es un caballero lo consentiré.  
*(Se le echa materialmente encima).*  
 Si quiere el señor empiezo a desnudarme.  
 RICARDO.- Por mí puede hacerlo. ¿Apago la luz?  
 LUISA.-Yo no podría hacer el amor a oscuras.  
*(En este momento los dos empiezan a reír como locos. Cuando se calman se abrazan y miman).*  
 RICARDO.- ¿Hay que ver lo bien que haces tu papel de putita!  
 LUISA.-Ricardo ¿Tú crees que podría engañar a cualquier hombre con un personaje tan inventado?  
 RICARDO.- Eres una mujer maravillosa, Manuela. ¡Pero al final tuve que echarme a reír porque de repente me subió un ronroneo por el corazón que ya, ya!  
 LUISA.-Tampoco yo podía ya más con mi cuerpo.  
 RICARDO.- *(Besándola)* Ahora, de verdad, de verdad, el amor ha de atenderse.  
 LUISA.-¿Pero, marido!  
 RICARDO.- ¡Pero, mujer!...  
*(Ella empieza a desnudarse)*  
 LUISA.-¿Te convenció la historia? ¿Parecía una historia auténtica?  
 RICARDO.- Tú parecías otra, en todo caso. Pero siempre maravillosa, Manuela.

LUISA.- ¡Se hacen tan largos los días en este rincón de pueblo! ¿Cuándo te van a trasladar a una buena ciudad?  
 RICARDO.- Lo he solicitado muchas veces.  
 LUISA.- Pero no te contestan. Y, mientras tanto a aburrirnos aquí en este olvidado rincón del mundo.  
 RICARDO.- No está tan mal.  
 LUISA.- Los hombres no me sacan los ojos de encima.  
 RICARDO.- Y a mí las mujeres me miran como si...  
 LUISA.- ¡Que están todas locas por ti! ¡Que lo aseguro yo, que veo más allá de lo que dan a entender!  
 RICARDO.- Desnudémonos.  
 LUISA.- Hace una noche muy fresca. ¿No te apetecerá salir después a dar un paseo?  
 RICARDO.- A oler la humedad de la noche, a perfumarte con el ozono. ¿No es esto? Saldremos, por ti, que tanto te apetece. Porque a mí dame la porquería maloliente de los humos de las fábricas y de los pestilentes olores de la benzina. Porque soy un hombre de ciudad que no entiende cómo los humanos se extasían ante un perfume perfecto y limpio.  
 LUISA.- Hazlo por mí.  
 RICARDO.- Pero después de.  
 LUISA.- Después de.  
*(Otra breve pausa. Se desnudan poco a poco en silencio. Y entre este silencio se oye un breve repiqueteo de nudillos en la puerta).*  
 LUISA.- ¿Quién será ahora?  
 RICARDO.- *(Gritando)* ¿Quién es? ¿Qué desea usted?  
 VOZ DE MUJER.- Perdónese es el señor Ricardo?  
 RICARDO.- Sí soy el señor Ricardo. ¿Qué quiere usted?  
 VOZ DE MUJER.- Pues pensé... si el señor me lo permite, pensé... Es que soy la putilla del pueblo ¿sabe usted? y pensé que a lo mejor estaba usted como triste y alelado y que...  
*(Va cayendo el telón).*



El autor: Es de Barcelona. Director teatral, dramaturgo y narrador. Obra publicada, "Carta a España", novela; "Desde que papá no está en casa", "Ha nacido el otoño", "Abreviaturas", "Los minutos", cuentos.

# ENSAYOS

## García Rodríguez de Montalvo confiesa

Yo escribí en el césped Amadis le dispuse a los  
 los broches que Oriana dispuso para el broche, los  
 pezones no eludieron el púrpura, crecieron, se  
 enderezaron para quemar la salida del amado

Escribi los botones cedieron a las manos de su  
 dueña, el vestido resbaló por la floresta, también rodaron  
 los zapatos del guerrero.

Y añadí Amadis echó sombra sobre el cuerpo de la  
 amada, y lo respiró de arriba hacia abajo, y lo besó des-  
 abajo hacia arriba, hasta llenar sus comisuras de trigo y de  
 acanto; Oriana se abrió a quien le sumaría la sangre  
 cabida le dio en su mas blanda depresión de arena.

Así redacté un día el comicio de los amantes por  
 nunca lo entregue, pensé que mis lectores confundirían  
 ceremonia acostumbrados como están a no entender  
 nada. La opción fue módica, sin mayores pronósticos  
 para siempre.

*en aquella verde hierba; encima de aquel mantel más por  
 la gracia y comedimiento de Oriana que por la  
 desenvoltura y osadía de Amadis, fue hecha dicha la más  
 hermosa doncella del mundo.*

Medina del Campo, 15 de...

## Dunas

Las sábanas que remueve el calderero  
 En el pabellón de las gestantes,  
 El mandil que oculta la comba,  
 Del vientre de la aserradora,  
 El brassiere que cabe en los pechos de la moza,  
 En los labios del lactante,  
 El pezón Brancusi, su Cabeza de adolescente,  
 Lo que dibuja el alce cuando salta,  
 Lo que insinúa el pez cuando pica la escaña,  
 El odre Eolo, su boca hinchada,  
 Un cáliz al revés,  
 Sobre el tapete donde el proxeneta acaba de elegir,  
 Con el taclo que esconde,  
 "Quien será la que me quiera a mí",  
 Ella, el leve columpio de las lunas,  
 La doncella, su caracol púrpura,  
 Pero también,  
 Flexionadas y abiertas,  
 Tus piernas, Domenica,  
 Y la curva de mi lengua que modula,  
 La sangre, el estremecimiento,  
 Las dunas que bate el Egeo.

En la cumbre del Suroccidente, en el arroyo  
 la caravana, la zorra, el puma, el conejo,  
 frente al cerro, y se ve el sol, y se ve  
 los montes, y se ve el río, y se ve

En la sombra del Suroccidente, en el arroyo  
 la caravana, la zorra, el puma, el conejo,  
 frente al cerro, y se ve el sol, y se ve  
 los montes, y se ve el río, y se ve

¿Llegan los mejor dotados? ¿Vienen  
 por los mejores de brindis? "Vale la pena  
 la espera", se dicen, pero, ¿pueden  
 esconder la voluntad, la piel, la  
 imaginación?

Ellas, apostadas a la sombra del no y  
 arboleda jamás podrían ocultar, en la fatiga y el  
 sopor del estío, la impaciencia que prevalece  
 caravana, por ellas lo hará Courbet, que  
 bamboleándose entre los árboles no ha dejado  
 de observarlas.

## Boudoir

Las dora y las abriga el fuego de la brasa.  
 Adorna el agua sus talles, los cines.  
 No hay pudor, morigeración para el roce.  
 Para las balsámicas caricias del aceite,  
 En sus corvas se recoge la luz,  
 Lo que de ella queda,  
 Fragancias convergen,  
 Momentánea es la soberanía del jazmín,  
 Mudan su aroma los cuerpos,  
 La ablución es imposible, pretexto la asepsia,  
 Inevitablemente dos manos se asen al borde de la tina,  
 El vapor envuelve las mantas. Se empañan los vidrios  
 y se escucha la lluvia que empieza a caer sobre Delécarlie

CRISTOBAL ZAPATA, cuencano de cepa. Es joven, estudia en el  
 horóscopo y el futbol. Ha publicado ensayos, cuentos y poemas en  
 revistas locales. Actualmente dirige el Taller de Literatura de la Casa de  
 la Cultura del Azuay. "Corona de cuerpos" es un libro obituario editado en  
 1996. En los últimos años ha trabajado en colaboración con el joven pintor Patricio Patoneque. Zapata se ha  
 dedicado a la poesía y la novela. Ha publicado la novela "La niebla de su ciudad" y las novelas del mexicano Juan  
 Pineda. Actualmente vive en Quito. Esta muestra recoge textos de su primer libro.

Escritor de época, hemos llamado a Ramón Gómez de la Serna. Es una definición entre tantas. El escritor de época por antonomasia es el escritor de periódicos, el que ha de estar atento a su época y escribe sobre ella, porque resulta enojoso escribir en los periódicos sobre el pasado o sobre lo eterno. Lo eterno no es noticia. Ramón escribió mucho en periódicos.

Lo primero que lleva al escritor al periódico, en España, es la necesidad económica. El que de verdad es escritor, tanto como el instinto literario tiene el instinto de la supervivencia literaria, y ve en seguida que no va a poder vivir de los libros en un país donde el libro no se vende, no se lee y se cobra mal. Si uno no es catedrático, abogado o rico por su casa, tendrá que escribir en los periódicos. Esta pobreza nacional ha permitido, paradójicamente, que España tenga siempre en sus periódicos el lujo literario de uno o varios escritores. Cosa parecida ocurre en Francia, aunque por otras razones. Después de la motivación económica está la motivación puramente literaria: en un país que no lee libros, hay que escribir en los periódicos si uno quiere que le lean.

Es ya tópico el ejemplo del 98, cuyos miembros hicieron buena parte de sus libros en el periódico, como luego Ortega. De la necesidad se hace virtud y resulta que los libros así hechos -D'Ors es otro caso egregio- no resultan fragmentarios, sino raramente unitarios y más vivos que el grueso que escrito fuera del tiempo y del espacio, en un despacho de escritor. No es que sea la norma, pero escribir en los periódicos no es absolutamente malo para el escritor. Dicen que el periódico quema, pero yo creo que sólo quema al que es excesivamente combustible, al que de todos modos se iba a quemar. Aparte de que en algo hay que quemarse.

Lo que pasa es que Ramón, al que hemos definido como literato puro, es muy poco periodista, en el sentido estrecho de la palabra. A Ramón no le interesa mucho la actualidad como tal, pues hemos señalado repetidamente que es hombre que ha roto con las instituciones. Ni siquiera ha roto: las ha ignorado por principio y desde el principio.

¿Cómo puede hacer periodismo un hombre que se obstina en ignorar las fuentes de la noticia, o sea la política, las finanzas, la guerra? Porque Ramón toca los temas más actuales -la moda, la vida, los sucesos, la calle-, pero los intertemporaliza, los congela de belleza, como congela el drama novelesco o el drama personal.

Pero precisamente por ahí accedemos a la raíz del periodismo ramoniano, que tuvo mucho éxito en su tiempo: Ramón conecta, no con el tiempo urgente de la noticia, sino con el tiempo intemporal que a todos afecta y que todos entendemos. Traslada inmediatamente el caso del día a la perennidad conmovedora del vivir. Es, de otro modo, el lema dorsiano de elevar la

anécdota a categoría, coartada filosófica de D'Ors para hacer filosofía en los periódicos. Ramón eleva la anécdota a estética.

Algunos lerdos y redactores-jefes han dicho siempre que eso no era periodismo, que había que huir de la literatura en el periodismo, que no resultaba funcional. Pero la práctica demuestra, desde los tiempos de Larra hasta los actuales, pasando por el 98, Ortega, Ramón, etcétera, que el escritor es mucho más leído en el periódico que el periodista, siempre que sea escritor de periódicos y no una incrustación plumiza y enteriza, que las hay, y en abundancia. Larra y el 98 hacen periodismo español c o n



Dibujo, por Ramón Gómez de la Serna

# EL LECTOR DE LA CALLE

Ramón, y el éxito es tal que tendrá muchos importantes continuadores, antes y después de la guerra, siendo César González-Ruano el más cualificado de todos ellos, algo así como el delfín del ramonismo.

Es menospreciar al lector suponer que sólo busca en el periódico crímenes y consejos de ministros. El lector de la calle es el que primero detecta y valora en el periódico la calidad literaria. El lector español, apresurado, hombre que vive en la calle y lee pocos libros, consume muy bien esa literatura en pequeñas dosis que le da el artículo. Ramón tuvo la valentía y la originalidad de hacer sólo literatura en los periódicos y precisamente por eso -la valentía y la originalidad siempre se recompensan-, llegó a gozar de una notoria popularidad como periodista.

No hace falta hablar ahora de algo mostrenco: la literatura en el periódico sí que es funcional porque educa la sensibilidad del lector. Y porque dignifica la hoja impresa. Ha habido épocas - como nuestros cuarenta años de dictadura - en que se ha recurrido al periodismo literario para animar los periódicos, exangües de vida política, hipertrofiados de propaganda ideológica o pseudoideológica. Pero, aparte estas contingencias históricas, el periodismo literario ha tenido siempre muchos lectores, y sólo un raro rencor de ciertos redactores-jefes explica la exclusión sistemática de esta clase de periodismo, que ahora vuelve en el mundo entero, después de la asepsia y C. impersonalismo del periodismo yanqui.

Incluso en los Estados Unidos, mediada la década de los sesenta, Tom Wolfe y otros innovadores, inauguran el nuevo periodismo norteamericano, que es personalista, subjetivo, literario, experimental incluso, y que rompe para siempre con los letárgicos *dossiers* y reportajes-informe, inalterables y sin firma, de la gran prensa americana.

Naturalmente, el periodismo madrileño de los años veinte era mucho más pintoresco que el actual y admitía bien toda clase de colaboradores, incluso a Ramón con sus poemas en prosa y sus greguerías. Lo que hace Ramón, más que periodismo, es literatura de la calle.

Su hallazgo y valoración de la vida cotidiana tienen buena acogida en el periódico, porque a la gente le gusta verse retratada y trascendida, iluminada por luces que ellos nunca hubieran sabido

FRANCISCO UMBRAL

encender.

Ramón, en su periodismo, juega a encontrar lo insólito en lo cotidiano y la cotidianidad de lo insólito, no sólo elevando la anécdota a categoría, sino atomizando la categoría en anécdota, cosa que el lector de periódicos entiende mejor y agradece más. El reportaje de la visita nocturna de Ramón al Museo del Prado, a la luz de un farol, es buena prueba del periodismo vivo y estetizante que nuestro escritor hizo siempre. Una experiencia periodística, esta del Museo, que no habrían despreciado los pioneros y maestros del nuevo periodismo americano de ahora mismo.

Ramón, cuyos libros nunca se vendieron mucho, llega a mayor popularidad gracias al periódico y también a la radio, aparte su actividad literaria personal, lo que hemos definido como payasismo. Se ha dicho que Ortega educó a varias generaciones de españoles. Ramón también educa la sensibilidad estética de varias generaciones con sus greguerías y sus artículos. Enseña a mirar y ver la realidad de otra forma.

Si encuentra que en la sección de anuncios del periódico se venden y compran muchos pianos verticales, eso le sirve para hacer un delicioso artículo sobre la clase media filarmónica, tema que viene a dar en el tan querido por él de lo cursi. Hace costumbrismo, sí, pero un costumbrismo lírico, trascendiendo siempre por el lenguaje y el sentido literario, que nada tiene que ver con los costumbristas.

Perseguidor como es de la vida cotidiana en sus mil matices reveladores, el periódico, con su conglomerado de anuncios, pequeñas noticias y variados sucesos se le ofrece como una ventana desde la que observar y glosar la calle, los eventos consuetudinarios que acontecen en la rua.

Ramón no hace sino exacerbar en el periodismo su sensibilidad particular para obtener el tiempo en estado puro, tal como se encuentra en la vida cotidiana. (El tiempo en estado puro era lo único que quería encontrar Proust.) Ramón colabora en *El Sol* y en otros periódicos y revistas de la época, protegido por Ortega y por Ugoitzi. Nunca dejó de escribir en la prensa española y americana. El *Arriba* madrileño publicaba dominicalmente sus greguerías ilustradas con fotos insólitas y surrealistas, hasta que un director excesivamente falangista le escribió a Buenos Aires que más greguerías no. Ramón le contestó: "Greguerías hasta la muerte." Y siguió publicándoles en *A B C*, también dominicalmente, bien ilustradas con dibujos. Hasta la muerte, efectivamente.



Ramón Gómez de la Serna



EL CINE NACIONAL NO EXISTE

Entrevista: Redacción  
FOTOS: Juan Mejía

Daniela Creamer es ecuatoriana, ha conquistado Roma y también Europa, la gran potencia mundial. De paso, en visita a su lugar de origen, nos concedió para Letras del Ecuador la siguiente entrevista, la misma que la publicamos como un homenaje a su inteligencia y a su juventud.

Daniela trabaja en la televisión italiana y es corresponsal del gran diario "El País", de España. Nos cuenta:

"Apenas concluí mis estudios de periodismo, hace cuatro años, tuve la grata fortuna de conocer a Juan Arias, corresponsal desde Roma de "El País", el cual me acogió como su asistente. Desde entonces, poco a poco me han sido asignados trabajos de creciente responsabilidad. Cabe decir que la gente de El País me dio su confianza desde el primer momento. Tanto es así que mi primera contribución para el diario la realicé desde el Festival de Cine de Venecia, tan solo el principio de una serie de satisfacciones profesionales a través de experiencias como los festivales de Cannes y Berlín, en diversas ocasiones".

Al referirse a la situación de la televisión en nuestro país, con seguridad en sus apreciaciones, comenta:

"La televisión ha mejorado notablemente en los últimos años. Existe una gran gama de programas de variedad, culturales, de información e investigación. Aunque estos deberían orientarse, a mi manera de ver, a redescubrir nuestra propia identidad y la idiosincrasia latinoamericana un poco más y no seguir patrones importados sin cuestionarse. Los noticieros son más ágiles y dinámicos. Un aspecto negativo de este medio es el exceso de telenovelas sin contenido. Además, los filmes que presentan son muy comerciales. Las televisiones miran únicamente el "rating" y a la competencia, dejando de lado al gran cine, los grandes directores como Fellini o Truffaut y los valores morales y culturales que con ellos podrían aportar".

Daniela Creamer es periodista cinematográfica, crítica de cine de la más alta calidad profesional. Por eso, al preguntarle sobre cual personaje del Séptimo Arte le impactó más y por qué, nos dijo:

"Robert de Niro. Es un actor de gran inteligencia y talento, viril y polifacético. Se asemeja a un camaleón, con sus múltiples

personajes que varían en cada película que interpreta. Es un apasionado por encarnar papeles de mafioso. Es muy emprendedor. Acaba de debutar como director de cine en el Festival de Venecia con "Bronx". Otro artista que me impactó fue Vittorio Gassman. Su talla profesional es solo reflejo de su calidad humana. Es un hombre de gran habilidad en su discurso y de un aspecto vital a pesar de sus 70 años. Aunque tengo que admitir que es difícil olvidar otros encuentros agradables con personalidades como el agudo Pedro Martín Scorsese, el genial Pedro Almodóvar y el ameno Román Polansky".

Nos narra luego su vinculación a la Televisión Mexicana, concretamente a Televisa:

"Durante mi estadía en Bruselas, mientras realizaba un trabajo en la Comunidad Europea me propusieron la corresponsalía de esta televisora. Fue una oportunidad interesante puesto que tuve que tratar infinidad de argumentos, desde aquellos europeos hasta el de la guerra del Golfo Pérsico, tres años atrás".

*"Robert de Niro  
Apasionado  
por encarnar  
personajes de  
Mafioso"*

Le contamos que una madrugada y en Quito la vimos transmitir desde Bruselas y le inquirimos sobre qué estaba haciendo allí y su opinión sobre la bella ciudad y nos dice, sonriente y complaciente:

"En Bruselas trabajaba en la Comisión de Comunidades Europeas, en la dirección general de Información, Comunicación y Cultura. Preparaba los dossiers periodísticos y realizaba videos informativos sobre las actividades de la Comunidad Europea. Pero lo más importante de aquella experiencia fue para mi el contacto humano con todos los que me rodeaban, cientos de personas de todas las nacionalidades del mundo. Bruselas es una ciudad pequeña, pero de



grandes recursos. Es el corazón de esta gran potencia que es Europa".

Volviendo al cine, pasión suya de siempre, le preguntamos su valiosa opinión sobre el cine nacional y nos dijo tajantemente:

"En realidad el cine nacional no existe aún".

La única película "Made in Ecuador" ha sido La Tigra, una obra de muchos méritos ya que con escasos recursos ha logrado obtener un galardón en el Festival de Cine de Cartagena. La cultura en nuestro país sigue siendo, desgraciadamente, la Cenicienta. No hay ni suficientes fondos económicos para subvencionar las iniciativas ni escuelas especializadas en la producción cinematográfica. No podemos construir castillos en el aire"

- "Sería de gran ayuda que algunas instituciones o entidades con recursos se apersonen del problema. Si las productoras nacionales lograran plasmar la problemática de nuestro país de modo artístico y real no debería faltar el apoyo del público".

"El cine en nuestro medio es considerado,

una simple forma de entretenimiento y, tal vez por eso, pocas veces podemos disfrutar de buenas películas en las salas de exhibición"

- "En el Ecuador el cine es solo un pasatiempo".

Así, frontalmente, analiza Daniela Creamer el problema de la falta de cultura cinematográfica en el Ecuador. Y continúa:

- "Este hecho nos limita profundamente. Hay que comprender que el cine es el Séptimo Arte, en donde convergen la literatura, la fotografía, la música, la pintura, el teatro, la tecnología. Es un mundo infinitamente rico. Creo que el incentivar la extensión de ciclos internacionales de cine como los que realizan la Casa de la Cultura Ecuatoriana y, en ocasiones, la Alianza Francesa, a la categoría de festivales cinematográficos podría ser un paso firme hacia este objetivo. L a

misma televisión podría contribuir enormemente transmitiendo películas de gran valía, en horarios no tan comerciales, de manera que los amantes del cine clásico pudieran apreciarlas".

Uno de los asuntos que interesan al conocimiento de lo que en realidad es el cine, es el relativo a su clasificación y al conversar sobre el tema, Daniela expone:

- "Ante todo es necesario diferenciar las dos corrientes que hoy dominan este escenario: la comercial y la de autor. Esta última atraviesa una grave crisis, sin precedentes. No hay suficiente financiación para tantos proyectos que podrían ser muy valiosos. La distribución internacional de este tipo de arte está también obstaculizada sobre todo por la desbordante competencia del cine estadounidense. Es una lástima ya que el cine de autor (que es como califica Daniela al cine de arte) que se realiza hoy prevalentemente en Europa es una excelente escuela sobre el modo de pensar y de vivir de las diferentes culturas. Es un medio de representación introspectivo y muy expresivo que analiza la problemática y los sentimientos de un determinado lugar. Es por ello que grandes directores cinematográficos europeos se han visto obligados a emigrar a USA, en donde han triunfado. Tal es el caso de Alfred Hitchcock o Ridley Scott. En contraste, el cine comercial, mucho más afortunado económicamente, adolece de falta de creatividad.

En efecto hay un gran vacío de ideas y una fuerte tendencia norteamericana a realizar "remakes". Obras inolvidables de los años 50 y 60 adaptadas a los años 90, como "Perfume de mujer" con Al

Pacino y, en el futuro, también veremos "Cinema Paradiso" de Tornatore y "Mujeres al borde de un ataque de nervios" de Almodóvar, en versión americana. La continuación del memorable "Lo que el viento se llevó" está destinada a ser un récord de taquilla. Por otro lado, obras como "Jurassic Park" o "Terminator" son fabulosas en cuanto a tecnología se refiere. Pero carecen de diálogos y mensajes sustanciosos".

Otro problema del cine en general es la competencia del Video. Daniela Creamer no es ajena al problema y afirma, tajantemente:

- "Los adelantos tecnológicos del video definitivamente puede resistir el cine. Quien ama el cine no podrá jamás renunciar a las emociones que le produce la pantalla gigante. Indudablemente, el mercado del "home-video" es muy extenso y tiene cada vez más acogida. En algunos casos las películas circulan más rápidamente en VHS que en las salas de

proyección, perjudicando el posible éxito del filme. No obstante, el cine tiene miles de recursos y debería explotarlos para protegerse e incentivar al público. Los efectos especiales y las sorpresas que nos deparan las nuevas tecnologías, por ejemplo, pueden ser apreciados solamente allí, en la gran pantalla.

Luego, pensativa y con la mirada perdida entre las brumas del Pichincha que se divisa a lo lejos, dice: "Creo que el medio en nuestro país es aún muy joven y hay muchos caminos".

Para terminar la entrevista, mientras Iván Mejía mueve su cámara fotográfica, emocionado ante la singular belleza y la gran simpatía de nuestra entrevistada, le preguntamos:

-Si fueses periodista profesional, ¿qué te hubiese gustado ser? Y responde a quemarropa:

- "Coincidentemente mis gustos están muy relacionados con la gran pantalla. Me hubiese gustado ser directora de cine, o quizá actriz, o quizá jinete de Grand Prix, como soñaba de pequeña... La esperanza es lo único que se pierde"

Y con una sonrisa que nos envuelve a todos, especialmente a Iván Mejía que se dio gusto filmándola mientras saboreamos una copa de jerez para variar, cae la noche de golpe y se nos empieza a ensombrecer el alma.

DANIELA

CREAMER





Sera como la pezuña de Venus  
Afrodita  
después de la primera lastimadura.  
Todo en torno su horizonte nupcial.  
La tierra parirá con placer  
subyacente.  
Los astros colgados, vivos o muertos  
desde sus oquedades mirarán.

Así fundaron el equilibrio del universo.  
No se mueve el movimiento en el  
infinito.  
Todo está encima y sumerso.  
La vida es un ojo del sol muerto.  
Gravitando en atmósfera podrida.  
Nada vibra, nada vive, nada mira.

Cuando un resquicio del infinito  
a si mismo se fecundiza -¿dios? -  
principia la vida, su madre es la nada.  
De esa entraña hemos venido  
los átomos imponderables,  
los Testigos.

Cansado está siempre el camino  
frente al horizonte derrotado.  
Entorno, el espeso resplandor,  
amasando siglos de siglos.  
Es el eterno sendero del crustáceo  
que va hasta la meta iluminada  
del astronauta en el espacio.

Recoge la saturada síntesis  
una lava planetaria.  
El hombre nace heredero de muertes  
insondables,  
se viste de claros precipicios  
y miradas astrales.  
El destino se rectifica  
hacia su esencia.

Mirad a vuestra alma,  
si es que ella existe.  
Encontraréis vestigios  
bajo nervios subterráneos,  
paisajes sin horizonte,  
nubes desgajadas,  
piedras murientes,  
su hacinamiento de verdades.

Bochornoso cielo nos asedia,  
el despertar del astronauta,  
abor del cerebro.  
Aquí el sapiente ojo del murciélago,  
la inmensa nostalgia del reptil,  
el universo ciego.  
Y desde luego, el muerto.

Si algún día  
-¿¿... a eterna noche?-  
el hombre pisa otro suelo  
se habrá cumplido el sueño  
de los antiguos estros.  
Escalar y hundirse siempre.  
Transformar el universo  
bajo mares lunares.  
romántico misterio.

Nosotros, mártires de la humana  
y misera sabiduría,  
un rumor de herencia  
a nuestras vísceras prendida,  
sentimos. La vieja tea encendida.  
Estamos a ciegas.

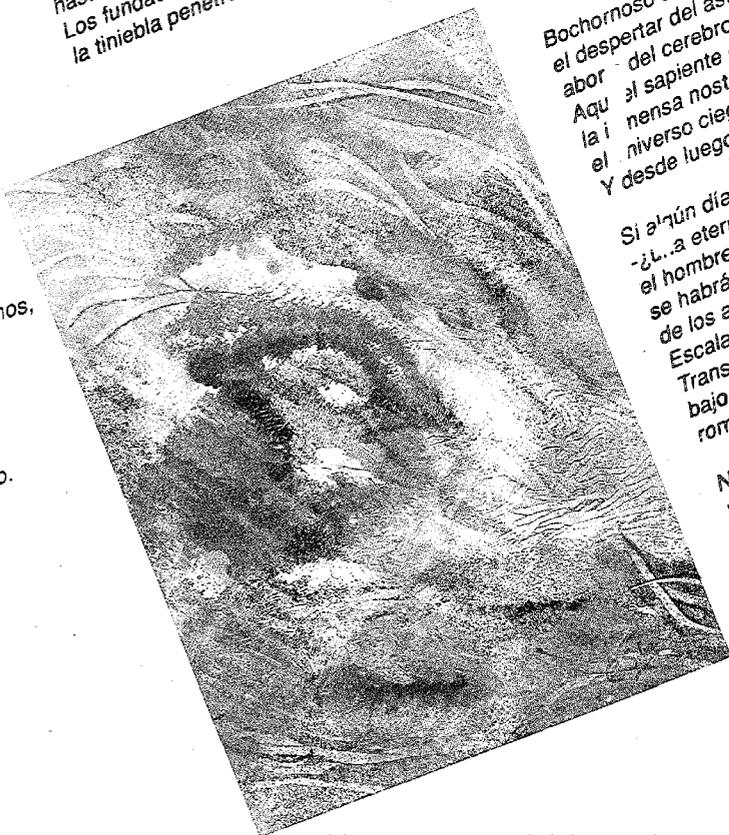
Con una red para cazar mariposas  
-radar viene de red-  
capturaremos a la luna  
y la dissecaremos.  
En nuestro mejor museo la  
pondremos.  
Lucirá ahí la luna  
su místico esplendor.

Luego nuestra ansiedad sideral  
en millones-luz-misterios  
seguirá buscando.  
Hasta la nueva cita.

Nos acercamos al supremo intento,  
microbios disparados hacia el viento,  
los hombres ignorados  
todavía en el espacio sideral,  
sin conocer el próximo misterio.  
Treparemos a lo menos alto  
con nuestra pesada sabiduría,  
nuestras membranas de inteligencia  
reptando  
por el muro del tiempo.

Si la muerte solar  
cierra de golpe nuestro capítulo  
y la tiniebla tutelar  
de la que hemos partido  
nuestra hora nos advierte,  
aquí estaremos nosotros,  
los Testigos.

JOSE JOAQUIN SI



Se llega en taxi para ganar tiempo. Le resulta caro el viaje porque los taxistas cobran como si sus automóviles fuesen clínicas particulares. Hay que hacer cualquier sacrificio, Efigenia, con tal de arreglar los papeles, tramitar los documentos y legalizarnos. Conmigo, Carlos Delfín a sus órdenes, no corre eso de "que sufrira la persona y no los bienes", verdadero símbolo republicano en la cantina del Sucio Pérez.

Se baja del taxi antes de las siete de la mañana, las oficinas abren casi siempre a las ocho, paga, recibe el vuelto y sube las escalinatas del inmenso edificio, de tres en tres, resoplando y agitado, contándolas para estar seguro y comprendiendo que las construcciones se yerguen por doquiera, imponentes y aplastantes, para que los pobres mortales como Carlos Delfín y el Sucio Pérez sepan de una vez por todas quien manda en este lugar con apariencia de país.

¡Vanias ilusiones de pobre!

Más lo que le costó la carrera de taxi y el madrugón que se pegó, "pondrás el despertador a las seis no sea que me duerma" y la "cola" está aguardándole ya. La observa con los ojos cansados y enrojecidos por la mala noche de "cuarenta" donde Perico Mendieta, que es sargento de la policía, casado con la Juanita, tan bonita y tan señora.

No cesa de acaezar, por subir gradas a las cuales uno no está acostumbrado. Siente un malestar total, ligero dolor de cabeza y algo así como un resfrío espiritual. Aquí le piden cédulas, carnets, comprobantes, partidas de bautizo y de casorio, él lo sabe, para nomás de decirte venga la semana del lunes, choliito, trayendo lo que falta, esto y aquello, lo de más allá, anoche no pude dormir, Efigenia, dejé de roncar un momentito ve, por favor, te lo suplico.

Bueno, tampoco esto es mala suerte y no hay razón para quejarse. Hay que tener paciencia, pues no es culpa de uno el que le hayan echado al mundo precisamente aquí ¿te fijas? Para que vayas viendo. La "cola" no es tan larga como se había imaginado al comienzo. Todo comienzo tiene su final, dice para sí y sonríe desolado, instalándose en el lugar que le corresponde, frente a una ventanilla cerrada, todavía es temprano, ¿no te lo dije?, que tiene puesta una letra "A", enorme y amarilla, sobre la mampara y el vidrio.

Si, esta es la ventanilla que le toca. No te irás a equivocar porque ahí sí te friegas. Delante mío el gordo suda cual tapa de olla de presión el momento en que comienzan a hervir las papas. Si por lo menos esa chiquilla de más adelantito estuviera a mi lado ya sería otra cosa, podría verle las piernas, parece coqueta y alegre la guambrita, a mí me encantan las piernas de las hembras, quien sabe si esa sea mi mayor debilidad. Me pongo como perro en celo cada vez que contemplo un buen par de piernas, Jesús qué estoy diciendo.

En el tercer puesto, contando primero al gordo, luego a la chulla, hay un estudiante, seguro que lo es, tiene que ser estudiante por lo de los libros bajo el brazo y la ardiente mirada de curioso impertinente; a continuación hay un negro alto y fornido en camisa, enseguida una señora ancianita la pobre, con blancos siglos cubriéndole la cabeza y después dos o tres tipos de esos del montón que de repente aparecen hasta en las mejores familias y pasan inadvertidos, sin pena ni gloria y la mulata de anchas caderas movedizas e inquietas que se acompasan con la respiración de su propietaria, carro a la vista.

Estoy un poco "alumbrado" todavía. Anoche me dejaron "zapatero" en el "cuarenta" y perdí plata, por lo menos lo de la quincena.

# BONITA Y

# TAN

cuento

Hugo Larrea  
Benalcázar

Por eso me desquité bebiendo "paico" para compensar la pérdida. Me dejaron "zapatero" dos veces, no solo una, posiblemente porque me dediqué con entusiasmo a sonreír con la Juanita, tan bonita y tan señora: "Treinta y ocho que no juega, dos de falla, coju-dos de caída, se acabó la Navidad, pónganme la "ronda" de una hecha, mi garganta no es de palo ni hechura de carpintero, epa Juez de aguas, par de hostias, las niñas en el balcón, este juego tiene su maña: se apega al que más sabe".

La "cola" ondula y se impulsa, con vida propia, el instante en que el burócrata designado a la ventanilla "A" hace su aparición en forma olímpica y comienza a conversar a gritos sobre los detalles e incidencias de la fiesta a la que había asistido la víspera con motivo de la graduación, el santo o el cumpleaños, primera comunión o rotura de virgo, no se pudo conocer de qué se trataba, de un primo hermano de la mujer del cuñado de la tía del interfeuto. "Muy buen caldo de patas, qué caray, ricos tragos, para qué también, te das cuenta que sirvieron whisky y después se quejan por la carestía de la vida.

- Hasta pavo relleno dieron, imagínate. Yo no perdí tiempo, bailé, bebí y comí hasta decir basta..... El siguiente."

Al señor de la ventanilla "A" se le podía ver la visera que le tapaba medio rostro, las manos también, de muerto al borde de entierro en cementerio de pobres y la  
V O Z

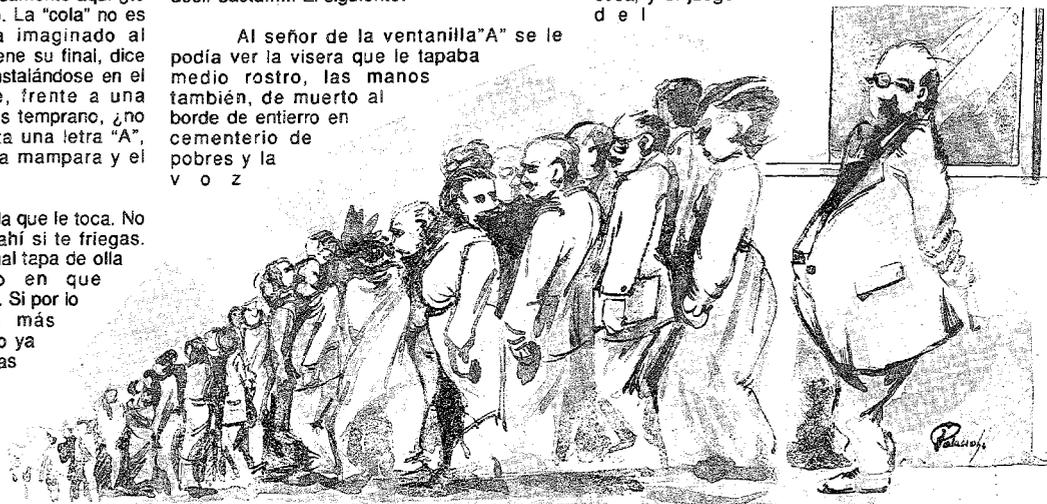
Ya todas las ventanillas tienen su propia "cola" formada y establecida, con precisión matemática. Las gentes se acercan recelosas e integran las filas. Mujeres, ancianos, viejos, muchachos, señoritas de afición, de todo como en botica. Apenas se entreabre una ventanilla, ya la "cola" queda hecha.

Una ligera risita de chimpancé amaestrado le brota sin querer desde el fondo de sí, arrojada, y yo madrugando y viniendo en taxi, Pablito Neruda, por Dios qué te han hecho y he gastado plata para nomás de esto. La risita se le corta de súbito al contemplar el ingreso de una joven perfumada y graciosa, a la cual el estudiante saluda con febril entusiasmo, diciéndole: "mamacita, usted es el monumento que la patria necesita y el remedio que me recetó el doctor". Ya sabes que la patria no requiere de monumentos de ninguna especie, pues en ella también se cagan los pájaros, pero eso es más cuestión legislativa y ahí si no me quiero meter ni de fundas, Efigenia, ¡nunca voy a ser diputado!



Carlos Delfín es hombre de mediana edad, barbilampíño, muy reposado, por eso no le agrada la política pero le gusta el fútbol, es socio del Aucas, Marañón o la guerra, ¿sabes?. Al estadio voy solo a pegarme los alcoholes y a comer cosas finas porque no hay nada peor que un domingo en la vida de los pueblos y en la casa de uno. Y yo ese día no mismo te aguanto Efigenia, hazme el favor...

Lo que si le agrada es cumplir a satisfacción su rol de contribuyente y de reclamante. Ser solicitante le apasiona y, sobre todo, el andar en lios de papel sellado y de impuestos a la renta y comisaría, buenas tardes señor Comisario cómo va la cosa, y el juego  
d e l



ronca, voz de gripe mal curada, resfriada y mohosa, como si algunos gargajos le obstruyeran la garganta y el alma.

De repente un largo bostezo, fruto de la mala noche "y sin alkaseltzer en casa, un vaso de leche me tomé porque la Maaatilde, vos sabes, se preocupuupa y me cuida cuando liego medio mamado", deja entrever una boca ennegrecida por el humo del cigarrillo, "yo, mi chéster y mis maíldes", cholito, papeles, señores, papeles digo señoras, papeles, venga el siguiente, linda fiesta carambas, pero apúrese joven, no ve que estoy ocupado." Si. Se le ve la voz al hombre. Se le ve.

Sin que Carlos Delfín se diera cuenta, en el ancho local donde se encuentra van abriéndose más ventanillas, de distintos colores, de la "A" a la "Z", "la letra colorada".

"cuarenta" con los amigos, máximo si se trata de jugar en el apartamento de Pedro Mendieta, el sargento de policía, casado con la Juanita, tan bonita y tan señora...

La "cola" sigue avanzando entre murmullos sobre el tiempo y nunca ha hecho tanto calor como en estos días, debe ser por las explosiones atómicas, de ahí estos solazos en Quito nunca se han visto, cuando pues, Efigenia bañaraste hijita y no te olvides de ponerte el desodorante, ¿oiste? Para Carlos Delfín lo patriótico es lo patriótico, asistir a los desfiles cívico-militares y a los escolares y permanecer horas de horas en las "colas" que se forman para solicitar documentos, arreglar rencillas y matrimonios, pedir préstamos bancarios o familiares, amén de que le encanta congraciarse con todos, formular peticiones, llamar por la justicia, insistir en el cobro de deudas atrasadas, reclamar gallinas a los vecinos, conjurar chismes y bravatas,



mendigar amoríos y alzas de sueldo, exigir rebaja en las compras y suplicar yapa en el mercado, invitar a misa a los miembros del Movimiento Familiar Cristiano, clamorear serenatas los días de farra y festejar santos y cumpleaños, apadrinar guaguas, bailar en las fiestas de arroz quebrado, de repente asistir a la oficina y preparar oficios, adular al jefe, pelear con el conserje, pagar el arriendo, reír, palmear espaldas de gentes desconocidas, vivir.

Así se siente vibrar a la patria en uno mismo y parece que por las venas caminara la historia a tambor batiente, rasguñándonos el futuro.

o mejor de todo, sin embargo, es refregarse las manos de contento y sonreír siempre, sonreír, con esa hermosa sonrisa que acostumbra la Juanita de Mendieta, tan bonita y tan señora...

La verdad es que la Juanita me gusta mucho, huele en forma tenue, no podría explicarlo, es posible que alguno de ustedes conozca ese aroma, especialmente si ha vivido alguna vez en el campo, a la sombra de árboles y jigueros. Yo me crié en las orillas del Tahuando. Allí se siente ese perfume que recuerda el de la retama y la yerbabuena juntas, el del tomillo y el limón, y que es una mezcla de todos, cerca al leve y vaporoso de las "camochichas" con cuya cáscara lavan la ropa y sus ilusiones las lavanderas en el canto del río. Esa, mezcla de pensamientos y amores, unión de recuerdos y aguas lustrales, manto de ropa fresca y olorosa a chiquilla y carcajada, ese es el perfume que le brota de la epidermis y de los labios, que se aduerme en las palabras y navega en las miradas de la Juanita, tan bonita y tan señora...

Oyeme bien, Efigenia, no seas así. Tú me gustas y me seguirás gustando siempre. Pero en otra forma. Sin olores que reviven amores imposibles.

Con perfume barato de botiquín de pueblo, por tus ojos grandes y tus ojeras y



tus calores rotundos y tus crenchas y tus manos de cocinera, manos angelorum, si, yo te quiero, Efigenia, hazme el favor, estate tranquila, estate quieta, Efigenia, que me muero, no te rebullas ni tambalees que no puedo dormir...

Avanza en la fila como quien se agita y oscila cual bandera al viento. Avanza cabizbajo, cansado y aburrido, porque han pasado horas y el tiempo no suele detenerse jamás.

Las muchachas comienzan a sudar y hay un silencio mostrenco en esta inmensa sala donde las gentes no sueñan ni piensan, no hablan ni gimen, no sonríen tampoco. Simplemente aguantan.

- Resulta absurdo el perder el puesto para ir a almorzar, expresa en tono profesoral la choliita que, al comenzar la mañana, se hallaba un poquito más allá del gordo. Me estoy refiriendo a la que yo quería tener más cerca de mí. Como adivinando mi pensamiento, la chiquilla, con un mohín irrefrenable de coqueta, se levanta al disimulo la falda y deja entrever un muslo de esos que me agradan para los fines de semana.

- Lo que es yo, bonita, me he de ir con mis papeles o he de morir en la demanda. El gordo suda pero no es corto ni perezoso. Alza la voz y manifiesta con un timbre de cuchillo macerando jamón, con el único y deliberado propósito de que lo escuchen los demás:

- Así se habla. ¡De aquí no nos movemos aunque se caiga el gobierno! El hombre de la ventanilla "A" asoma su nariz ganchuda, de esas que tienen domicilio conocido en los cuentos de Dickens, y con el acatarrado tono nasal de quien conoce el espíritu ovejuno de las gentes, musita entre dientes:

- Bien. Les dejo. Me voy a "lonchar". Y sin que nadie opusiera el más ligero asomo de una protesta para cubrir las apariencias y mantener la dignidad perdida en sus últimos vagidos, cierra la ventanilla con estrépito.

Tras. Trac.

- A mamar cristianos, gruño- Y me quedo pensando, Efigenia, en que aquí todos somos iguales y nos parecemos. Así es, nacemos de la misma manera y nos conciben igual, solo que unos son empleados públicos, otros son militares y aquellos son ricos, mientras nosotros somos pobres. De ahí, viéndolo bien, todos somos iguales, ¿no te dije? Los militares son así hasta la tumba fría, los empleados son empleados hasta cuando se jubilan y los pobres morimos pobres. Los ricos son los que no hacen "cola", yo no he visto uno solo por aquí, tampoco los he visto en el barrio ni en la cantina del Sucio Pérez. Los ricos, siendo iguales a nosotros, Efigenia no te agites ni menees, son distintos, diferentes, son los dueños de las "colas" y de

gritos angustiados de los vendedores ambulantes de lotería, los bocinazos de los automóviles y las motocicletas sin escape, truenos cabalgados por mozueltos desapresivos y el ulular de las sirenas de la policía que sirve para ahuyentar raterillos de menor cuantía, prostitutas que vagan en pleno día y pequeños lustrabotas, ángeles con caras sucias.

En el salón de las "colas" hay un silencio ominoso que rompe con timidez y vergüenza alguna tosecilla apagada, ese gruñido de inconformidad, y un suspiro largo y tendido, ropa al viento.

- Bueno, vamos a esperar- digo con voz rotunda, la que uso los domingos en el estadio para alentar al Aucas el momento mismo de tomar el primer vaso de cerveza; voz de líder, de hombre libre, inusitada en este lugar al cual hemos acudido todos con el único propósito de demostrar que nuestra libertad no existe, que somos una partida de borregos sin derecho a balido, una especie de muñecos de cartón, de soldaditos de plomo.

El "Sucio Pérez" me estima: alguna vez me conversó su historia, la razón de ser de su gordura y de su cantina, el fulgor calcinado de sus miradas azules y el pelo largo, ensortijado y rubio cayéndole sobre la espalda, la ropa vieja pero limpia, la cara redonda, las manos llenas de anillos y de joyas de bisutería, el diente de oro en la mitad de la boca como un alerta, un stop de tránsito, un alarido si ustedes quieren. De todo eso me habló y todo me lo explicó, además. Sabe que soy de confianza, Efigenia, aunque tú no lo creas y él me fía a veces las golosinas que te llevo de repente para mirarte la alegría en los ojos y la ternura. Es que yo te quiero de distinta manera, Efigenia, no me digas nada, aunque se me vayan las babas, porque se me van, qué diablos, tras de la figura esbelta y perfumada de la Juanita, tan bonita y tan señora...

¡Sucio Pérez tiene sus cosas. Por eso su cantina es una de las más connotadas del barrio. Allí se dan cita los enamorados y los sacerdotes, los colegiales de ilusión al brazo y las chicas del colegio de monjas, pues el Sucio no es ningún pelotas y prepara buenos sánduches, sirve té en tacitas muy monas, muy inn y los dulces que vende son de lo mejorcito. Todo barato, como es lógico, si este es barrio de pobres, se halla al sur de la Capital y aquí no entran los niños bien del Condado ni los que miden en sus Mercedes Benz el tontódromo de la Amazonas. No señor, aquí, con aseo y con cariño, se sirve refrescos y cervezas y si se pide un gallo de trago, también...

- Lo que es yo me voy -apunta la mulata- no puedo pasarme toda mi vida parada. Hace un mohín de rabia con los labios y, contoneando las caderas, comienza a dirigirse a la puerta.

- Si no le gusta estar de pie, podría muy bien tomar asiento, murmuro con un hilo de voz que yo mismo comprendo que no viene al caso, qué bruto; Efigenia dónde estás,

por Dios di algo, ayúdame, que aquí se van a reír, ya se están riendo de mí...

La mulata me mira con una de esas miradas que pretenden ser un insulto y al mismo tiempo una insinuación y yo bajo la mirada al suelo y me pongo a rezar con una voz entrecortada de beata que nunca en la vida... Y me quedo en silencio, hasta cuando me despachan, al fin, en la ventanilla "A" algún día de ésta o de la otra semana.

En este año puede ser o en el próximo.

TAN

SEÑORA

# ANDRADE y CORDERO

## CESAR

En octubre de 1987, a la edad de 84 años, en la ciudad de Cuenca, falleció el poeta César Andrade y Cordero. Con Carrera Andrade y Gonzalo Escudero, constituyó sin duda la tríada más alta de la poesía ecuatoriana contemporánea.

Solo, vivió y murió en Cuenca su ciudad natal. Solo, al margen de grupos y de jorgas. Solo, con su creación, lejos de habilidades y de trucos autopropagandísticos y de socorros críticos de correspondencia eunocóide.

Para quienes lo conocimos de cerca fue maestro, amigo y conversador sin par.

Como reivindicando en algo su memoria, en esta desdibujada literatura de hoy, escribo esta "referencia" del narrador, del poeta y del polemista cuencano, física y espiritualmente de estatura sin igual.

Hace 6 décadas, en 1932, César Andrade y Cordero publica su libro de relatos "Barro de Siglos", al que algún crítico incluyó entre los pioneros de la "genérica" forma indigenista, criterio del cual disiento. Y es que en "Barro de Siglos" no podemos identificar una incursión a la denuncia social. No podemos detectar al más mínimo principio que a la narración, a la circunstancia y menos a los personajes, les incline hacia una tesis de realismo doctrinario, de constatación dialéctica que caracteriza a las obras de la literatura indigenista, tan en boga en los años treinta, correspondiendo indudablemente a la línea del realismo socialista de las brillantes páginas de Máximo Gorky y no poco de la mediocridad de Nicolás Ovsstrovsky. En Perú Ciro Alegría y José María Arguedas y en Ecuador Jorge Icaza, sí responden en pleno a dicho género, bajo la teoría del "dualismo quechua español" de José Carlos Mariátegui, en el último de sus "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana".

En los relatos de Andrade y Cordero, hombre y paisaje se conjugan en algo así como elementos plásticos y cromáticos, antes que en valores positivos y negativos de cuestionamiento social y aún las mismas ideas se salen de lo puramente abstracto, sin llegar a puntualizar ese cuestionamiento. Los cuentos de "Barro de Siglos" y las realidades que de ellos se desprenden, tienen una composición específica de lugar y ambiente, de espacio y tiempo, pero sin concreción crítica social, sino más bien de esencia sentimental y estética, aunque con personajes y medio ambiente reales, del todo auténticos.

En el cuento, tan logrado argumentalmente, "La verduguilla", aún en el lugar y en el momento de solazarse con la venganza y descubrir el trágico error, matando al hermano, José Palomeque está en un plano existencial de tipo subjetivo, de producto de sí mismo, más que de la praxis social, más que de la estratificación institucional ético-económica a la que se pertenece.

Y en ese bello cuento "L' alma del pajonal", nada tiene que ver la mediocre retórica de intención política, ni la tesis dialéctica. Es un

## Teodoro Vanegas Andrade

purísimo narrar metafórico en cuanto a la soberbia naturaleza y al soberbio personaje, el "Motolo", el potro semental y certero, el señor absoluto de mil yeguas, que concluye vengándose de la despiadada castración, pisoteándolos y echándolos a la laguna, él y sus mil yeguas, al taia Redrobán y al cumpa Quimbay. El caballo y los hombres se desenvuelven en una línea de similitudes puramente naturales, telúricas; similitudes en las que el valor de las identidades siguen como en la ley física de los vasos comunicantes, puesto que caballo y hombres son experimentados como una realidad unívoca de la naturaleza, nada más que de la pura naturaleza de los Andes del sur ecuatoriano.

ésar Andrade y Cordero en su "Barro de Siglos", lejos de incursionar en la intención político-social, trata a sus personajes y a sus circunstancias, dentro de un específico parámetro: lo INEXORABLE. Lo inexorable a través del cordón umbilical de la leyenda y de cierta magia que dan, con el ritmo de la fantasía, la realidad del hombre del campo en su inocente y humanísimo fatalismo existencial.

Los cuentos de "Barro de Siglos", no pueden signarse como "indigenistas". Tampoco



dentro de la narrativa "indianista" del molde romántico europeo, a la manera de Juan León Mera; menos como realización "indígena" que recién está dándose en algún lugar de América. "Barro de Siglos" está más propiamente en la narrativa "costumbrista", pero desbordándose del ámbito lugareño, con una prosa cincelada, que lo ubica al autor entre los mejores estilistas, con una poderosa creatividad que cree y eleva a temas y tipos locales, a niveles de símbolo y de universalidad.

Pero César Andrade y Cordero, ante todo es POETA.

Penetrar en su mundo poético, en las puras vivencias que animan su obra; o asomarse a su "ventana al horizonte" y contemplar sus paisajes inundados de luz; su universo de espumas marinas y ríos cristalinos; su geografía velada a veces por una niebla triste y musical; su euforia y sus goces en la

curva cambiante de mujeres con nombres extranjeros. En fin, allegarse al poeta y a sus creaturas, es como vivificar la real premisa de otro gran poeta, el Nobel hispánico Francisco Aleixandre: "La poesía es comunicación perpetua". En Andrade y Cordero la poesía es eso y nada más, y para qué más; brillante y constante comunicación. Cada uno de sus poemas (hasta los más profundos de su intimidad) fluyen dinamizados por acentos e imágenes que se recrean y crecen en quien los recibe.

El ritmo y el lenguaje del poeta, cada uno con categoría singular, pero en lograda conjunción, circundan y aprisionan al lector, en una como magia versátil entretejiendo cantos saturados de tierra, de sal, de infinito y de sangre palpitante.

Adolescente aún, conocí su poesía en una colorida realización poética mural. Desde entonces la seguí de cerca y de lejos, hasta el fin de su vida. Toda su obra es para mí como un gran mural de realidades del hombre, de vivencias sin trucos expresivos, de piel adentro y palabra verdadera: de comunicación en estilo directo, sin esguinces de formas, sin malabares de lenguaje, sin arcuadas semánticas de caducados experimentos allá... y aquí de filatería novelera.

Es poesía de grande poeta y caballero, que encanta a quien lo lee y, al mismo tiempo, va recreando un círculo propio de imágenes y ritmos que capta del poeta.

Y repito: señor y caballero, como lo fueron otros reales poetas a quienes conocí y traté personalmente, Gonzalo Escudero y Jorge Carrera Andrade, de la época bella en que la poesía era oficio de "señor y caballero".

César Andrade y Cordero, narrador y poeta. Pero juzgaría incompleta esta "referencia", si no perfilara su personalidad de periodista.

En la línea indoblegable y candente de Solano, de Calle y muchas otras letras capitales de una estirpe innata de polemistas cuencanos con cultura e intelecto, Andrade y Cordero desde su juventud, desde su época de "cílope adolescente" de una sola lengua, hasta el último día en la cimera madurez de su corazón y de su muerte, no dejó de cabalgar el centauro sin estribos y sin frenos del cotidiano decir, en la apretada tinta de la columna periodística. Y es su DECIR de dúctil y elástico ingenio, de imagen placentera,

cuando es el caso de reconocer y avalar calidades y bondades del amigo limpio que llega o que se va, cuando a suscitar valores auténticos se obliga con su generosidad grande como su pecho.

Y es su DECIR, a campo traviesa, bebiéndose los vientos, cuando al malandrín, al falso escribidor, al duendecillo encopetado con poesía ajena, tiene que pisotearlos el pellejo amarillo hasta los huesos.

Así es el polémico periodista César Andrade y Cordero, que todos conocimos y del que no poco aprendí, también en mi diaria brega contra follones de toda especie que, en lo alto, se inflan con los aires viciados de esta época.

Y así concluyo esta breve "referencia" de un señor grande, grande de veras. Esta "referencia" de su obra también grande de veras.



acía calor y el cortejo no terminaba aún de salir de la casa de mis padres cuando llegué, en un taxi. El montón de caras, tristes lentas fúnebres, volteó hacia el rubio del coche y hacia mí, y lo hizo quizá con el temor de que yo fuese un repentino político de campaña yendo a aprovechar el gentío indefenso, o un acreedor póstumo de papá.

Con la maleta en una mano y la chaqueta en la otra, urgente sudoroso, me acerqué al gentío, me abrí paso entre él y me introduje en la casa sin reconocer a nadie o sin querer hacerlo.

Ocupando el aire de la pieza, ya suspendido en los hombros de mis primos Luis y Sebastián y de mis hermanos Juan y Antonio, encontré el féretro gris de papá, el olor del alcohol, y a mamá.

Mamá estaba a la derecha del féretro, tranquila menuda, tal vez sin pena, sostenida de un brazo por una mujer desconocida y del otro por mi hermana Laura. Fuse la maleta en el suelo y la abraqué y le relaté velozmente la historia del telegrama recibido hace dos días, mi viaje en avión hasta Quito, el avión hasta Loja y el trote del taxi. Luego abraqué a Laura y la mujer desconocida.

Hola, primo, me dijo ésta y me estremecí por la voz pero no por la mujer. Es Alicia, me susurró Laura al oído, viéndome el asombro, la desorientación, cediéndome el brazo de mamá, luego de que abraqué a los otros primos y a los tíos, y me sumé al cortejo.

¡Alicia!  
Mi incandescente amor de hace veinte años, del cual, como un enemigo mortal, me separó mamá para siempre, aún a costa de perderme, quizá con el deseo de perderme. Porque el amor de la madre, el día en que se ha convertido en insensata protección del hijo, se parece tanto a la falta del amor, como la falta de ningún amor, que no cuesta trabajo alguno confundirlo con el odio.

Para lograr su objetivo, mamá no dejó recurso sin tocar. Hasta buscó una historia oprobiosa en el pretérito de la madre de Alicia para ofender a Alicia y hacerme desistir, en vano, a mí. Un oprobio no mitigado por nada, ni siquiera por la proximidad del hijo, que está como en ningún otro lugar en la mujer amada por él, cuya carne también podía manchar.

La separación de Alicia y yo empezó así antes de nuestra separación, cuando, finalmente, mamá consiguió dañar el hermoso corazón de Alicia y su hermosa sonrisa de veinte años. Y yo conocí por primera vez la desdicha, porque todas las verdaderas profundas veces del amor siempre serán primeras. Fue una angustia, una agua pesada que ocupaba la luz y el aire cotidianos, y una soledad que no había tenido antes, cuando estaba solo.

Por tanto, la tarde en que recibí el telegrama del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, que me comunicaba la concesión de la beca que había solicitado en mi tercer año de la cátedra de Literatura e Idioma Nacional en el colegio del pueblo, sobre todo como una distancia necesaria, yo respiré.

Era el fin de la guerra sorda en la cual tuve del lado contrario a toda mi familia, menos a Laura. Y menos a papá, viejo enorme solitario enfermo inocuo, incapaz por lo mismo de convertirse en otro aliado mío.

Las cartas de Laura me llevaron a Madrid el triunfo definitivo de mamá sobre Alicia y el amor de Alicia, infelices solos. Después, el frustrado matrimonio de Alicia, después su cambio de ciudad, y el sufrimiento de papá. Y más tarde ya sólo la pena sin solución posible del pobre papá por mi lejanía, pena tan distinta de la que contenían las cartas de mamá, porque ella no lo amaba, porque quizá nunca lo amó. Contenían también el anhelo de mi regreso; pero yo, tal vez por cobrarle ese amor desventurado o sin la valentía suficiente para ser amor, o por el vertiginoso mundo que había descubierto en esa distante ciudad y ese distante país, me impuse la voluntad de no volver jamás.

Tres años después le envié a mamá la noticia de mi matrimonio y una fotografía de la boda, y las cartas de Laura no me llevaron nada más de Alicia, mucho menos su reciente inofensivo retorno al pueblo.

El sol de las cuatro, intensificado posiblemente por los veinte años de ausencia, por el peso del brazo de mamá, por el traje negro, se volvió para mí una molestia espesa. Me aflojé una vez más el nudo de la corbata. Miré de reojo a Alicia, mejor dicho a la mujer que era Alicia, y vi que seguíamos separados por mamá.

La calle estaba rodeada por las mismas casas bajas con techo de teja y piso de ladrillos, por los mismos perritos callejeros y los mismos viejos sentados junto a las puertas de hace veinte años, pero ya no me pertenecían. O yo no pertenecía a esa calle, a ese pueblo, porque probablemente nunca se pertenece a ningún sitio, a ninguna sonrisa si el amor se ha ido.

cuento

Seis asnos tristes, con una carga de cañadulce inhumana, dieron alcance al séquito, coincidieron un momento con él, como deudos atrasados, y luego lo pasaron, por el lado izquierdo de la calle, empujados por la carga tenaz.

Luego vino la plaza con su glorieta reseca, con sus árboles resacos y la iglesia.

En la iglesia, los cuatro portadores del ataúd lo depositaron sobre unos soportes metálicos relucientes, colocados entre cuatro lámparas ornamentales de pedestal alto, relucientes también, y el padre Alfonso habló de la brevedad de la vida humana, de la benevolencia y el sufrimiento ejemplares de papá; pero yo lo escuché mal o no lo escuché por culpa del calor rencoroso que no se había quedado afuera, por culpa del tropel de mis pensamientos. El lejano tiempo de Madrid, mi mujer extranjera, mis hijos cada vez más extranjeros, mi trabajo de profesor a una hora en coche, los amigos, los bares por la tarde, la voluntad de no volver, de los cuales siempre esperé que hubiesen destruido la historia de Alicia sin dejar rescoldos. Pero no, estaba viva.

Terminada la ceremonia, salimos de nuevo al calor compacto, al cansancio. En quince minutos arduos estuvimos en el cementerio, un pobre lugar habitado por bóvedas, antiguas descoloridas solas, y una vaca, que se comía el pasto que invadía el piso de tierra y, de vez en cuando, trabajaba una voz lastimera con que buscaba acaso un improbable ternero o acompañaba a los muertos.

El espacio dedicado a papá estaba en la segunda hilera de bóvedas del lado oeste del cementerio y era difícil acceder a él. Un momento de esos dejé a mamá y fui a ayudar. Hubo un instante, elaborado por mí o mi prisa o mi torpeza, en que creí soportar el peso total del muerto y me espanté, no pesaba nada.

Conociendo el robe que fue papá, en ese improvisado implacable momento me dolió para siempre, tal vez más que su muerte, lo que habían hecho de él la enfermedad, el desamor de mamá, y mi propia ausencia, agravada por los años y ese desamor.

Inmediatamente después asomé el sepulturero con el cemento y la lápida. Todos miramos su trabajo con admiración, porque estaba contaminado de la gravedad de la muerte o de su peligro: De la duración de sus movimientos, fáciles repetidos indiferentes, parecía depender la última cercanía con papá, la última tristeza.

Un minuto seguido, la luz de la tarde se llenó de voces dolidas, de sollozos, pero no de los de la seca fatigada cara de mamá.

Después, se dispersó el gentío de amigos y vecinos, como si fuera a llover, menos mi familia, apretada oscura, aunque bien podía ser únicamente por mí que, por cuenta de la ausencia, era y no era miembro de ella.

En los tres días que estuve en el pueblo encontré a Alicia dos veces, al pasar frente a la casa de sus padres, donde ella estaba viviendo desde hace pocos meses con sus dos hijas menores.

En ambas ocasiones la saludé y seguí mi camino en la luz cruda del día, con mi trabajo de conocer otra vez el pueblo. En seguida cerré los ojos para ver a la chica que había sido mía y no la encontré por ningún lado, aturcido por el resplandor de la hora o la exagerada presencia de Alicia.

Me fui el martes. Hacía el mismo calor que a mí llegada. El taxi estaba frente a la casa, amarillo urgente esperándome. Con la chaqueta en una mano, abraqué a todo el mundo y tomé la maleta, dentro de la cual llevaba unos bizcochos que mamá hizo solamente para mí. Abraqué también a Alicia que fue en el último instante a despedirme.

Adiós primo, me dijo con lágrimas y la retuve un momento más de lo necesario entre mis brazos, y en ese pequeñísimo tiempo fue mía la certeza relampagueante, como la del dolor de papá, de los veinte años transcurridos sin esperanza, de la gordura de ella, de su sonrisa menos un diente que no me curaba de nada, de la injusta y ahora inútil sobreprotección o inquina de mamá, todavía sin mi perdón o sin recordar cuando se lo había concedido, de mi tormento inservible, de la nostalgia desperdiciada, de la inocua herida de la voz de Alicia.

Y esa despedida fue una simple despedida más, o menos; pero allí mismo, dentro de ella, había otra despedida y otra certeza: la de que no había ido al pueblo a la muerte de papá, sino a la muerte de ese amor.

CARLOS CARRION. Obra publicada: "El más hermoso animal nocturno" (Premio José de la Cuadra), "Ella sigue moviendo las caderas" y "Los potros desnudos", cuento; "El deseo que lleva tu nombre" y "Una niña adorada", novela. Ganador de la Segunda Bienal de Novela Ecuatoriana.

# VRAJAIN



QUITO

## y el PAISAJE

*Mientras día tras día  
en la pared del cuarto  
camina y descamina  
la pata de palo del reloj;  
yo me pregunto:  
cómo lo haces  
cómo te las arreglas  
para atrapar al paisaje en una pajarera,  
cómo dentro del marco  
alcanzas a encantarlo  
y si esto fuera poco  
consigues trazo a trazo  
domesticar al horizonte.  
Cuando la luz decae,  
de la manga del saco  
sueltas los ases del poniente  
y en tu paleta vuela  
la bruja del color.  
Aunque me esfuerzo  
no alcanzo a comprender  
cómo manejas a tu antojo las montañas  
cómo embobas al sol con el pincel.  
En qué consiste tu secreto,  
díme  
cómo se hace el milagro;  
quién te aconseja;  
qué golosina tienes en las manos  
para que tras de ti  
el paisaje te siga como un perro.*

### EL POTRO JUBILOSO DE SU RISA...

Definitivamente, la vida y la muerte son un hecho pictórico. Todo es cuestión de colores: alegría dorada, depresión gris, ansiedad color temblor, esperanza caramelo, rojo rabioso, frustración color de perro muerto; de vez en cuando un arco iris, el resto es negro. Nosotros somos un brochazo en el vacío, exactamente eso, ni más ni menos; lo demás es pura paja,



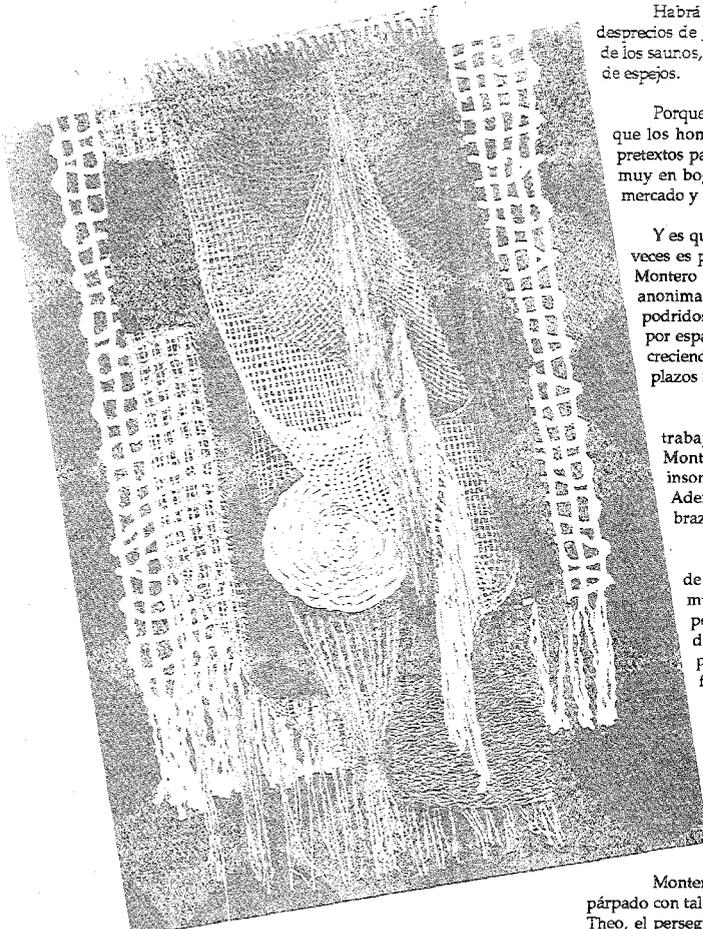
simple embalaje de palabras, pajaritos que suda la cabeza. Así es como la gente va asomándose y desasomándose.

Qué privatización ni que ocho cuartos. Qué ley de libre oferta y de demanda. Qué plan de modernización, la muerte es lo más moderno. Anteayer, martes 18 de agosto, murió el pintor VRAJAIN (Victor Raúl Jaramillo Hinostrosa) y eso en el contexto general nada quiere decir, o quiere decir mucho.

Dónde estará o no estará Vrajain ahora; cuántas millas ya habrá desandado con su reventado corazón al hombro, solo o con gaseosa se estará bebiendo el ron de la muerte. Cómo estará la liebre de la imaginación. Dónde yacerá convertido en pedacitos el potro jubiloso de su risa.

*Hasta cuándo su recuerdo.  
Hasta cuándo nosotros.*

(E.G)



Habrá que acabar con los relojes, quemar los calendarios, y luego de vadear los desprecios de Jacques Brel preguntarle a Maurice Montero si las utopías son la otra máscara de los sauros, o si sus tapices son los puentes que buscan los ciegos, los acosados y cazadores de espejos.

Porque ocurre que entre uno y otro tapiz solo está la niebla, el bosque imposible en el que los hombres perdieron sus amuletos, la razón de no tener irrazón y los últimos pretextos para quedarse atrapados entre los tejidos con los que Maurice acaba con el arte, muy en boga, de hacer concesiones, esa manera o praxis de aceptar las urgencias del mercado y ser parte de multitudes de postales y falacias abruptas.

Y es que Ud/ ellos/ nosotros/ vosotros/ no atinamos con qué madeja quedarnos. A veces es preferible relamer los catálogos y descubrir atentados de esta índole: Maurice Montero no es de este útero. Proviene de la trastienda donde se reparte a puntapiés el anonimato de las furcias de París, (aunque no es de París), la humillación de ghets podridos de lunáticos y sonámbulos. Montero en vez de dientes posee un acordeón, y por espalda un telar levantado con su propio detector de mierda; monstruo que le fue creciendo conforme moldeaba las gradas para evadirse, para transar con una agonía a plazos no inventariados.

Ha expuesto lo suficiente como para dejar de calar y persistir sobre sus trabajos de agua, sus gabarras con transeúntes que pisan su propia deshonra. Montero, desde hace un montón de calendarios, se ha quedado entre nuestros insomnios y sentinas salvajes; gusta de las islas de sombras, de ciertos paracaídas. Además tiene problemas para caminar: esa joroba llamada telar porta más de cien brazos y piernas que le impide cualquier bostezo, cualquier tregua.

Montero no busca equilibrios; rearma el caos a través de la prolongación sutil de destrucciones que lastiman, que nos devuelven al asombro. Están ahí, entre muros y charcos de colores, de sangre e insomnio. No hay costuras que sobren, peor figuras que se conviertan en mácula. Montero, hay que advertirlo, ha descendido teoría en mano hasta los sótanos de la tradición, asimilando y profundizando lo vital, incluyendo las herencias de otros mundos hoy fragmentados.

Para algún ojo desaprensivo, el trabajo de Montero puede saber a trivial, viciado de fuegos que terminan de adorno en jaulas o clínicas ciudadanas. Acusación al extremo dudosa. Adorno y trivialidad, opinan, quienes aún creen en teoremas efectistas y obtusos. La dignidad de un tapiz no se agota en la fórmula simplista de contemplación: igual bonito, igual lindo. Su rol va más allá de considerarlo huésped de un rincón que es incapaz de espantarnos.

Montero (por el bien de la causa) poco sabe de gustos ajenos. Se rasura hasta el último párpado con tal de no traicionarse; por eso, apenas despierta suele preguntar a sus vecinos y a Theo, el perseguidor, si por espalda lleva un paraguas que masculla, un animal que escupe cabellos o un armatoste que ya no cabe en su fanlanterio de hojarasca ni en su noche de esc... o no invocadas predicciones.

# El descrédito del ojo

## SEGUNDO TIEMPO

Me gustaría no volver a saber más de los tapices de Montero. No, porque cada vez me propinan golpes bajos, o simplemente se convierten en una pesadilla de la que no se puede fugar disfrazado de bufón o ganster, peor de ángel que no cabe en cielo alguno. Tampoco quisiera patentar el ojo del Cíclope y deambular soñando tapices o soñar que ya los he sacado de mis apetencias, de los espejos en los que no es fácil mediar con sus predicciones. Tapices que me resisto a creer sean cómodamente hermosos; tal cual podrían definirlo quienes no intuyen su otra urdimbre, juego en el que por igual Montero va triturando los conceptos, disolviendo las escuelas que poco o nada lo han marcado. Tapices que desfiguran el honor de las paredes y de los muros. Tapices que reivindicán las cenizas de las brújulas, del laberinto que nos conduce a sus paraísos sin artificios, a la lidia de lo disoluto, a sus patibulos reposados en colores que trastornan y engeuecen.

Al contemplar -ojos en tropel- un tapiz de Montero, no se sabe quién ha atrapado a quién. La trama como posibilidad de aquella utopía recurrente: someter a los relojes. Utopía que Maurice atraviesa con las fórmulas de un alquimista que por igual ha logrado encerrar, entre los materiales de sus sueños, esa otra tentación y erótica de siempre: el mar, las aguas de las que resucitamos como naufragos inocentes. Acercamientos que en sus últimos trabajos esbozan caballos marinos, criaturas que a la vez no están, porque en medio de una trama que nos conduce a la paz y al sosiego, solo queda el reto de legitimizar los descréditos de un ojo que no se regala.

Como todo arte, el de Montero requiere de pausas, tal como para no olvidar a Penélope, la loca leal. Destejer en torno al ghetto que habitamos, de no aceptar la estulticia de creernos todas las apariencias, de frecuentar las mismas mentiras. Por eso, para Maurice, no se trata de ofrecer una paz que se descompona por banal, por inútilmente alucinógena. La paz de sus tapices no concede disculpas; es la paz de las mujeres que torturó Chagall y que no tranquiliza ni vale para adornar el orgullo derruido de nadie.

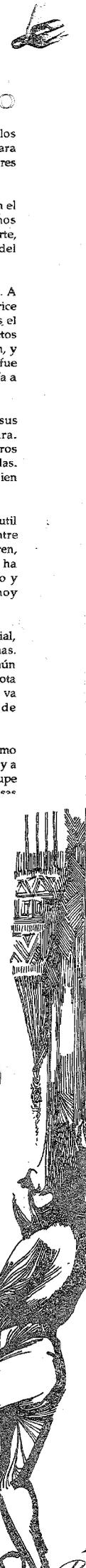
A estas alturas Maurice Montero se presenta como cabal dominador de un oficio tan viejo, repetido con formas agotadas y que él convierte sorprendentemente en nuevo al replantear puntos de vista, y al emplear materiales que en bruto son hostiles; al reconstruir visiones que no se pueden obviar ni refundir en los sótanos de las preocupaciones postergadas; al reconocer, sin esos traumas del folklórico antropólogo, el encanto alucinante de los pueblos que aún resisten a la muerte y el progreso. Lo andino, en tanto esplendor, se esparce como alfabeto de arena; con toda su ambigüedad y silencios.

En Montero las salidas se las costea cada espectador. No hay guías ni mapas para huir del portazo de sus revelaciones de hierba; de sus evidencias de un cosmos remoto que tiene mucho de catedral, cuarto de lluvia en donde el amor es un crimen sin titulares y el deseo un cuerpo que pierde cuerpo, un nombre sin realidad.

Retornar a los tapices de Montero significa salvar los ojos en las redes del sueño, o limpiarnos de aquella maldición en forma de mariposa que no cesa de perseguirnos, de sacarnos de toda razón solemne, de toda mala suerte.

Maurice  
MONTERO

Raúl Serrano, a pesar del apellido es de Arenillas, Provincia de El Oro. Ha publicado: "Los días enanos", cuentos; coautor del "Índice de la Narrativa Ecuatoriana", otros trabajos en revistas locales como Eskeletra. Integró el Taller Literario "La pequeña lulupa".



# ALFABETARIO de Hugo Jaramillo

## UN RETO DE INTERPRETACION

Antonio Sacoto Salamea

Hugo Jaramillo es un hombre de letras por su creación poética como por sus funciones siempre afines dentro del marco cultural. Como creador poético nos ofrece cinco poemarios: "A modo de pájaro" (1980), "Contrapunto" (1981), "Ojo por ojo" (1982), "Poesía" (1988) y "Alfabetario" el poema al que hacemos referencia, publicado en 1992. Además, nos ofrece "Tungurahua", una monografía de la provincia, escrita en colaboración con el logrado vate ambateño, Mario Cobo Barona. En sus funciones afines hay que destacar su función como colaborador unas veces, como director otras, de algunas obras de teatro, principalmente las de Federico García Lorca, "La Casa de Bernarda Alba", "Yerma" y "Bodas de sangre", al igual que las obras de Martínez Queirolo, "La casa del que dirán", "Q.E.P.D.", la adaptación de Huaspungo de Andrés Chilinguina y muchas otras más. Igualmente sus funciones como secretario de la Casa de la Cultura del Tungurahua y Secretario Ejecutivo del Comité pro-quincentenario del natalicio de Juan Montalvo y Mera, Director del Departamento de Cultura del Municipio de Ambato y de la Casa de Montalvo.

Su poesía ha sido altamente elogiada por Marcelo Robayo, ha sido sutil y profundamente estudiada por Mario Cobo; y, penetrante y avizoramente analizada por Euler Granda; los hermanos Leonardo y Franklin Barriga en su "Diccionario de la Literatura Ecuatoriana" vierten juicios lapidarios sobre su poesía y, como se puede apreciar en la portada del "Alfabetario", el logrado relataista Marco Antonio Rodríguez puntualiza los aspectos relevantes: "Hay en la poética de Hugo Jaramillo un léxico vital, nutrido por una pupila cósmica y a ratos abisal, guiada por el sentido propio de la raíz humana, donde el poeta apuesta su destino histórico, lo pierde en la bruma de los tiempos pero vuelve a recuperarlo en nombre de los hombres".

Pensaríamos que se ha dicho todo y ya se ha agotado el análisis del poemario; sin embargo, si me atrevo a un comentario sobre y además de lo que se ha escrito sobre la poesía de Hugo Jaramillo, es por lo alambicado del lenguaje poético que, aunque radiante en su léxico, el peso semántico oscurece sin esconder su contenido y así abre múltiples posibilidades de interpretación, igual al andamiaje metafórico que juega con imágenes que posiblemente tienen una simbología personal para el poeta y otra u otras para el lector. La interpretación de estos símbolos debe ser una condición sine qua non para un análisis integral y preciso del poemario. Por eso que no nos proponemos esta exposición, porque el estudio de dicha simbología y sus raíces requiere de un profundo conocimiento de los ingredientes que conforman el ánimo del poeta, sus experiencias, su mundo vivencial y el mundo social que engloba su quehacer poético. Sería audaz y antiacadémico hacerlo sin disponer de lo antedicho.

Por fin, sería del caso anotar que su lenguaje es enteramente expresivo y no significativo. Es decir, los lexemas no tienen como objeto comunicar, dar un significado a las cosas, sino expresar un lenguaje que airea, que ventila una emoción y que, en definitiva, expresa lo que la imaginación representa. Hay, pues, dos finalidades en el lenguaje: una dar a entender y otra dar a imaginar y a sentir. En la poesía de Hugo Jaramillo

nos encontramos con este lenguaje expresivo que nos da a imaginar y a sentir, de ahí las múltiples interpretaciones a las que se ofrece su simbología.

El libro se compone de cinco poemas largos, algunos hasta de quince páginas "Intervenciones", y tres cortos, uno de ellos "Miedo", de cuatro versos y cuatro prosas que oscilan entre el género epistolar y ensayístico.

"Alfabetario" se abre con la simplicidad de la voz narrativa tradicional del cuento "Y sucedió una vez" para poetizar el mar en términos cotidianos: "Podría hablar del mar sin conocerlo en el presagio, en la heredad o en el destierro" (15), para pronto sumergirse en poesía barroca, abierta a interpretaciones: "Podría prorumpir ilusión de redes y remiendos inventada en el miedo de corsarios y de naipes, molusco irreal".

Advierta usted por qué decíamos que el léxico es claro, radiante, pero no así su contenido, a pesar de que un análisis estilístico señalaría el predominio del sustantivo: ilusión, redes, remiendos, miedo, corsarios, naipes, molusco. Y sólo un adjetivo: irreal, todos lexemas no sólo claros sino hasta comunes. Las imágenes metafóricas "puras" esconden aún más el símbolo porque desaparece el elemento comparado y así van sucediéndose: "molusco irreal", "caracol inmaterial". Como si nos encontráramos en el océano nublado, el lector cruza oleajes armoniosos de una enorme marejada vivencial para luego salir de él y llegar a cielo despejado donde la voz poética es más evidente: "Presiento el mar así en sus oleajes, en su rugido distante en el acantilado del misterio, en la remesa de luz sobre los montes".

Este mar, oscuro y claro, confuso y expresivo, especie de enigma y/o esfinge, atracción obsesionada del poeta y del marinero es, de acuerdo a Euler Granda, imagen de la vida, principalmente de la vida contemporánea, erótica y sin sosiego, quizá existencialista, donde el hombre advierte el absurdo del ser y su existencia y empieza a buscar sentido a la sin razón ergo una búsqueda de sí mismo y de sus raíces. Granda, además, anota una poéticamente bella analogía aunque no la explica: "Mar es el útero materno". Quizá por ello el poema se cierra así: "Mientras resuelve el hombre emprender la vida en busca del comienzo". Esta nota existencial, pesimista a lo Camus o Sartre se repite en "Soliloquio": "Tal fue la presencia de la muerte, que el día borro todo vestigio y cayeron desgajados los alisos, huyeron los ciervos y chinchillas tras el relámpago y se fundieron bajo tierra rostros abatidos". (57)

El lenguaje es altamente poético en algunos versos, señalamos los siguientes: "Calles sucias de fango y de hastío", señalando así un factor material visible, el fango, y otro de tipo sentimental, espiritual: hastío; "se agolpan silencios ancestrales", advierte la coyuntura del verbo agolparse y del sustantivo silencio modificado por ancestrales; "corriendo en las palabras como un azote charlatán"; la imagen es lograda: "Acaso no se han calcinado razas innúmeras en sus alcuzas."

Por estas breves acotaciones a su poesía podemos inferir que "Alfabetario" de Hugo Jaramillo es poesía nueva, innovadora y ofrece un reto de interpretación al lector y, al mismo tiempo, despliega un enorme aval metafórico en su lenguaje.



ALFABETARIO  
Hugo Jaramillo

## CELEBRIDAD de Edwin Madrid

Editora Nacional, Quito

Raúl Arias

Lo que me agrada de **Celebridad** es que Edwin mira hacia afuera: lo que narra es lo que todos hemos visto, recreado con metáfora propia.

Si repite algunas preguntas planteadas con anterioridad, no por ello dejan de tener interés. Me refiero a las interrogantes: ¿la poesía ha muerto? ¿el poeta debe morir? ¿la poesía no es un libro de poemas?, que ya se plantearon los Matapijos y Edwin lo reitera.

Edwin juega con las contradicciones y con certeros tajos deja en el escenario pedazos de cuerpos, ideas, interrogantes, reflexiones. Ejemplo:

*odio a los poetas  
a mí me gusta la cerveza  
viva la cerveza  
me caen mal los poetas  
amo a los borrachos  
yo no soy borracho  
etc., etc.*

En esta borrachera estúpida de Edwin no podía faltar una que otra cursilería proveniente de algún taller. Y un agarre mortal con las letras melosas y sentimentales de JJ.

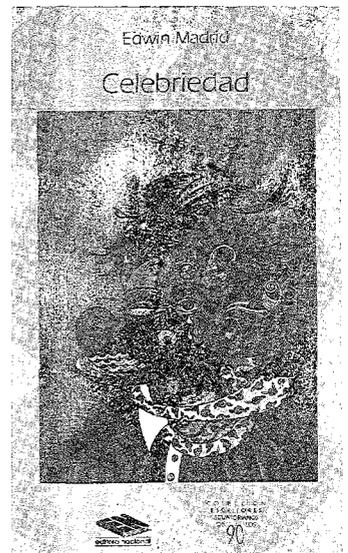
En la décima segunda chevecha (avanzada ya la espiral espirotuosa) hay dos símiles muy disímiles de la cerveza con

*las piernas de Joaquín Gallegos (y)  
la sífilis de Lenin*

*que, tirados al paso, irresponsablemente,  
desconciertan. (Sifiliticos y baldados de todos los  
países, uníos!!)*

No falta tampoco el exceso de querer "brindar con todos", haciendo una fea mezcla de invitados: "el general de la república, el ministro juez, el torturador, los compañeros comunistas del partido conservador (y viceversa), la junta nacional de la vivienda, el obispo católico apostólico y romano", junto con los del otro lado de la medalla social: "los zapatos rotos, pantalones remendados, manos tullidas, ojos bizcos, pies chuscos". ¿No les parece esta "junta" poco menos que imposible, o indeseable? La inconsecuencia ideológica resulta evidente cuando uno de los ejes centrales del texto poético se refiere a Marco Núñez, joven poeta desaparecido misteriosamente bajo el régimen de Febres Cordero, en 1988.

**Celebridad** es un texto novedoso, creativo, forjado con ingenio, chispa, audacia. Los "baches" ideológicos son como basuritas en el ojo del lector, que con unas gotas de visina pueden pasar. Ojalá no se le hubieran pasado a Edwin.



## EL USO DE LA NADA de María Eugenia Paz y Miño

Hugo Larrea Benalcázar



María Eugenia Paz y Miño nos entrega un nuevo volumen de sus cuentos, en edición de Abrapalabra, auspiciada por el Municipio de Quito.

18 cuentos integran el libro. Algunos, con la deliciosa belleza de su parquedad poética, todos con oficio y calidad literaria. Es que María Eugenia dedica su entusiasmo, su cultura y su tiempo a la noble tarea de escribir con pasión y nobleza. Quizá lo más resaltante en su obra sea su sinceridad.

En la primera página de "El uso de la nada" constan estas palabras de Lao-Tse: "de la existencia provienen las cosas y de la no-existencia, su utilidad". Y es a estas inexistencias, realmente útiles, quien sabe si las únicas que sirven actualmente a la humanidad, que María Eugenia dedica sus narraciones inebriadas de una inédita ternura, al decir de Raúl Pérez Torres.

En su cuento "Instante", simplemente anota: "Era aún la noche, incontrollable ambiente de estupideces, de cosas sin sentido rodeando los adentros", y, luego, apunta como quien susurra: "de repente una voz en la radio, alguien que interrumpiendo la música invita al descubrimiento de la nada".

Cuentos pequeños en dimensión, como para ser leídos de un solo vistazo, pero que dejan en el alma algo sino mucho en que meditar. Escritos así, de golpe, a

veces como un presentimiento y en otras para ser contemplados con "una mirada de ojazos envueltos en una oscuridad que se repite de abuela a madre y a hija", para expresarlo con sus propias palabras.

Y es permanente la presencia de lo absoluto, de la nada, de lo intrascendente en la trascendencia de estos cuentos que saben a poesía cuando no a misterio. "Salgo del jardín y descubro que puedo introducirme en la hierba y hacer nacer un trébol de cuatro hojas". La noche y la oscuridad van rodeando la nada utilizada en la creación en forma reiterada y audaz: "la noche tiene garras y colmillos ardientes; en la oscuridad de la urbe es más fácil hacerse invisible, por eso quizá los monstruos la preferimos, nos volvemos difusos y nuestra realidad aparece inexistente mientras las conciencias de los ciudadanos duermen su desafortunado letargo".

Si, la noche, la oscuridad, el misterio, una especie de larga somnolencia que acosa a todos, son los signos de estos cuentos pequeños y hermosos que integran "El uso de la nada".

Así, sin decirlo, María Eugenia entretiene sus cuentos sobre la no existencia para deleitarnos con su propia poética obligándonos, a pesar de todo, a algo que no nos gusta mucho, a pensar, así fuere a regañadientes.

## \*EL REINO DE LOS SUELOS de Carlos de la Torre Reyes

Editorial Planeta- Colección Letra Viva

Rubén Astudillo y A.



Si hubiera que dar algún calificativo especial a la narrativa de Carlos de la Torre Reyes, éste sería el de que se trata de una narrativa de la resistencia. "Esa que Martha Traba buscaba como "señal de los tiempos" entre los pintores latinoamericanos contemporáneos y cuyo encuentro no fue demasiado fácil en el campo específico de la plástica de esos días, como tampoco lo es, ahora, en el de la literatura aunque... de que existen, existen, como es el caso del autor del "REINO DE LOS SUELOS".

Esto de la "resistencia" en la obra de Carlos de la Torre Reyes se da para entrar en materia-respecto a dos hechos paralelos y capaces de neutralizar la vocación de un escritor. De "tañunificaria", si se me permite la expresión. Me refiero a las presiones de la moda, o, lo que da igual, a las tendencias metropolitanas de la literatura o a las no menos pretenciosas presiones literario-sociales de tierra adentro, empeñadas en dirigir la vista del escritor hacia cualquier parte, menos a la de su propia clase o escenario humano, político, económico, en fin.

Carlos de la Torre Reyes -y Paco Tobar con él- ha sido en este campo un verdadero y raro caso de honradez intelectual. Y de consecuencia entre su obra y su vida. Esto que pudo haber, que ha motivado para decirlo de una vez, más de una "guerra santa" contra nuestro autor resulta algo realmente inédito en nuestra narrativa y, por ello, algo registrable: hombres que en vez de rasgarse las vestiduras denunciando a los de la otra orilla social, se han desgarrado a sí mismos, se han puesto ellos mismos en el ojo de la tormenta sin haber parado mientras ante la posibilidad de una "temporada-a largo o corto plazo -en el infierno, cuyo pasaje generalmente se halla en manos de los que más cerca de uno se encuentran. De lo anoiado depende el que sus obras a más de ser literatura-y excelente-vayan más allá del hecho estético en sí y constituyan murales éticos de una sociedad que de no ser por él, como quería el autor del "Creo para el Hombre Nuevo", no habríamos llegado a conocer en toda la tragedia que significa su sobrevivencia. O sus últimos días, con todo lo que esto conlleva de comedia, de saineta a veces y en otras hasta de ciertos refulcillos de grandeza que de pronto le vuelven hasta epopeya.

Supervivencia. Esta es una palabra clave en "EL REINO DE LOS SUELOS". El libro gira alrededor de un núcleo familiar que se debate entre mantener los fulgores del pasado y enfrentar las incitaciones de los nuevos tiempos. El escenario de la historia es Quito. Y sobre él, los personajes de la novela-aristócratas lugareños venidos a menos, curas hipócritas y ambiciosos, políticos en la mejor salsa de la mediocridad, revolucionarios aspirantes a saltamontes, los clásicos burgueses hijos de papá con sus pequeñas rebeldías, digo barrinches folklóricos cuando no vergonzosas aberraciones, escritores y hasta diplomáticos-que tratan de erigirse en dueños de su propio destino y hasta del destino de los demás para terminar víctimas de éste, por obra y gracia de un código histórico-cultural del que no pueden o les resulta más cómodo no salir.

"EL REINO DE LOS SUELOS" es un libro-síntoma de los que está pasando y muchos espectadores

no quieren ver en toda su dimensión. Obra para pensar más allá de su ser descriptivo y aprehender sus profundos significados. Libro duro, por otro lado. Incesante. Sin concesiones. Escrito con una soltura que no da sino el conocimiento del idioma y del oficio narrativo. Bañado de ironía y de un aire de desencanto que, elegante, sabe mantenerse al filo del pesimismo pero sin caer en él. Hedónico. Lleno de una ácida ternura en ocasiones. O de un contagioso cinismo en otras. En las páginas de esta novela a más de madurez estilística hay una profunda voluntad de ver y decir las cosas, los hechos, las gentes, desde donde los demás vuelven la vista al otro lado y callan... ¿por temor?

Esta "voluntad de ver" de Carlos de la Torre Reyes da a su libro otra característica que considero fundamental destacar. "El Reino de los Suelos" es una desacralización de "nuestra unidad social tradicional, cristiana", de clase media alta para arriba según sus protagonistas y de "palo abajo en la rodada" hacia el fondo, según sus hechos. Desacralización que al ser puesta al descubierto vale por un trabajo de autenticación (autenticación, como otros dicen). "El novelista cuando su trabajo es bueno, establece en forma contundente que una vida es más sorprendente, fantástica, completa, fascinante-y a veces repudiable-que cualquier consigna, concepto o teoría usada para explicarla o imponerla, como modelo sobre otras, como decía Joseph Epstein

En algunos de los párrafos anteriores hablaba de la narrativa de Carlos de la Torre Reyes pese a que no ha escrito sino dos novelas hasta ahora, creo que bien se puede hablar ya de la novelística de Carlos de la Torre Reyes. Dueño de su propia voz si cabe-y a pesar de esa aparente ningún empeño del autor por inscribirse en algún capítulo de la ortodoxia literaria nacional-o heterodoxia también-su narrativa capitaliza todos los elementos necesarios como para dar razón a William Kennedy cuando afirmaba que es en el momento en que uno deja de empeñarse por crear su propio estilo, cuando se empieza a encontrar su propia voz; luego todo es cuestión de desecharlo que no debe estar, aquello que es caro a los ortodoxos precisamente, se subclasifican como... se subclasifican. Así mismo-y bajo otro ángulo de vista-por esa forma de escribir sus novelas a través de sus personajes al ritmo que la vida de éstos impone dentro de su acontecer antes de que el uso y abuso de la denominada descripción externa. Y finalmente como élan proyectante de todo, la personalidad del autor a quien muy bien se le podría endosar las palabras de Ludovico Silva referidas-hace mucho tiempo-a otro excelente novelista. "Se le podría definir como un existencialista sin escuela o fuera de escuela. No es precisamente un filósofo pero, sin embargo, en las páginas de sus novelas hay todo un diagnóstico del mundo contemporáneo, de este devenir nuestro tan apasionado y tan absurdo a la vez"

\* "EL REINO DE LOS SUELOS". Carlos de la Torre Reyes. - Editorial Planeta-Colección Letra Viva. - Quito. - 1988.

\*\* Rafael Siqui, poeta y ensayista argentino.

\*\*\* Joseph Epstein "En Defensa de la Novela" Rev. Commentary w York.

† Ludovico Silva "Belleza y Revolución". Caracas.



Señoras, señores:

**C**on la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del danzusto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro o el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón. Dicese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con tras repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies... ¡Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, por que esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desierto de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuevas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aún lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de San Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahocaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía, y se puso de gala, porque "es digno de celebrar aquel en que un hombre muere gloriosamente por su patria", mujer fue la colombiana, de saya y cotón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres: "mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrazo de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo, riega de metralla la puerta del fuerte: "¡jamás lograré de mí que le aconseje faltar a sus deberes"; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patibulo junto a él; "mujer Mercedes Abrego, de frentas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres, las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención de Boyacá y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florido, de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enciende, en lo que anda el posta más ligero barro con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afilado del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra súbito la tormenta, y se bruma y jóbreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuegan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primer de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Crece en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumidos, y los poderes de esta vida, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshila y fecunda, y por lo que ilumina y abraza. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejonés de sus lanzas; y descendiendo de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. - ¡Y no es así el mundo, sino suma de la vanidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astru suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero poder en que los pueblos, entremecidos por el peligro aclaman la idea o desinteresan por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzados aún las botas de campaña porque lo que él no dejó hecho, sin hacer ésta hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía.

América hervía a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, arva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros croceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde aliende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundo y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gauchito y el roto y el cholito y el llanero, todos tocados en su punto de hombre: en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerte, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando: ¡ni de Rosseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anaucó por donde guió diez veces los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procepción terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y tienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vicio, sin duda, en el crepusculo del Avia, el séquito cuanto...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello resaca la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre azado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Iupac Amaru, el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como ríva cambaría, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se le regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva; en arditos van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y ya humeando el tronco de Galiano, quemado ante el patibulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno, - aunque de

## "Letras del Ecuador" publica el DISCURSO EN HONOR DE SIMON BOLIVAR

pronunciado, en la velada de la Sociedad Literaria  
Hispanoamericana, el 28 de octubre de 1893,  
por el pensador revolucionario y escritor  
cubano: José Martí, conmemorando así el Primer  
Centenario de ese extraordinario discurso.

miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo. - porque para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria. ¡Y, de esta alma india y mestiza y blanca hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe y en la constancia y la intrepidez con ella; en la hermandad de la aspiración común junto, el caír de la gloria, los compuestos desemejantes: anuló el enfreno émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución Argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espalda de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube como a las copiosas planicies que acuchillo de sangre la revolución americana; y al cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber cedido a él, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y las mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas, o huían desparvidos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves, ruedan, desmontadas, las aguas potosinas; como menuda cabellera o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares: las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcan descabezado; ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como lucas que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el bello encendido la bandera libertadora. ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le alesta sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz verten cinco naciones! Enfrente su retino, desmadrado el caballo en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el grito frío de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dólman rojo de Paéz, el látigo desfilado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspeso como la naturaleza, a ver a Paéz en las Quiseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose acorral en el polvo y la tniebla al hormiguero enemigo. Mira, tembados los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos corrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo; ¡Y más bello que nunca fue en Junín envuelto entre las sombras de la noche mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego; poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enrijutas, la mano saca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José! ¡vamos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político; sólo constante cuando se fia a la expansión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerlo en el redario, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber le aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que les tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡y desaparecía la conjunción más larga que la de los astros en el cielo de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! "¡José! ¡José! ¡vamos, que de aquí nos echan: ¿adónde iremos?"...

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apedó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres cál rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y el balcón de los cerros asomado el genio, y como flores en jarrón, saliendo por sus cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al héroe, y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludando los montes: ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestra entrañas!

Pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria  
Hispanoamericana, el 28 de octubre de 1893.

Patria, Nueva York, 4 de noviembre de 1893  
O. C., t. 8.p. 241-248.

# SURREALISMO Y CINE

Las luces de la sala se apagan. El gran proyector se enciende y gira la cruz de malta. Un hilo luminoso, por sobre decenas de cabezas inquietas, se estrella contra la pantalla y se hace pedazos. Una luna llena abarca el cuarto. En plano medio descubrimos a Luis Buñuel junto a una mujer. Buñuel agita una navaja de afeitar y abre uno de los ojos de la mujer. En primer plano la navaja corta el ojo. Desde aquí, desde un ojo cortado, se visualizan todas las posibilidades surrealistas del séptimo arte.

La secuencia corresponde a "Un perro andaluz" (1928), ópera atrevida del suprarrealismo cinematográfico cuya máxima responsabilidad se le ha conferido al "cíclope" Luis Buñuel, pero al decir del propio realizador, no habría sido posible sin la colaboración del pintor Salvador Dalí.

Luego de este abre ojo (no abre boca), las secuencias del absurdo inundaron la sala con sueños, pesadillas y poesía. La película -prohibida en la época- revolucionó las posibilidades del decir cinematográfico. Demostró que la riqueza de la imagen está en aprovechar su esencia, la posibilidad de expresar mas allá de la simple composición de cuadro y desgarrar el mundo a través del sueño.

Dos años más tarde Buñuel y Dalí presentaron "Edad de oro" otro filme anti-artístico (para usar una clasificación de Dalí) y polémico. Los surrealistas habían instalado una exposición pictórica en el vestíbulo del cine. Ocho días duró el éxito de exhibición, al noveno un grupo de enardecidos... "Sesenta camelots -dice Dalí- interrumpen la proyección con un escándalo de silbidos y gritos, echaron tinta sobre el écran y bombas de gases nauseabundos. Los espectadores fueron violentamente agredidos. La exposición del hall fue absolutamente triturada. Naturalmente, fueron rotos todos los cristales y fotografías de los surrealistas, destruidos los cuadros de Max Ernst, Tanguy, Arp, Miró, Man Ray y los míos".

Gracias a estas dos películas el cine se nutre de un nuevo concepto: la estructura de la agresión. El cual se convertirá, con el tiempo, en un elemento de soporte narrativo imprescindible. Hoy, todo filme que utiliza la imagen con propósitos liberadores del academicismo cinematográfico, debe en mucho a la forma poética de esa subversión de la imagen impuesta por Buñuel y Dalí. Con seguridad, la mayoría de los video clips musicales anti-artísticos que inundan la pantalla chica, deben en mucho al espíritu contradictorio de Buñuel y Dalí: construir imágenes destruyéndolas; hacer arte en forma y fondo anti-artístico.

Salvador Dalí se interesó mucho por el cine. Colaboró en estas dos obras maestras. Escribió algunas reflexiones sobre el espectáculo cinematográfico. Abanderó toda una brillante teoría de lo que llamó cine anti-artístico, jovialísimo, claro y soleado, en contraposición a un cine privilegiado producto del más incontrolado inorganismo. Trabajó en varias películas como asesor, destacándose el diseño de escenas oníricas, junto a Alfred Hitchcock para el filme "Recuerda" (1944).

El tiempo, lejos de enterrar el claro sentido revolucionario del cine de Dalí, ha reafirmado sus conceptos: "El mundo del cine y el de la pintura son bien distintos; precisamente las posibilidades de la fotografía y del cine están en la ilimitada fantasía que nace de las cosas mismas".

A los diez años de la muerte de Buñuel, Dalí lo encuentra en el más allá y, entre sueños y fantasías, juntos nos entregarán el mejor cine: aquel que puede percibirse con los ojos cerrados en una pantalla hecha añicos.

Dalí

Texto de Salvador Dalí  
Fragmento de una carta de Dalí a Luis Buñuel.

El cine, por su riqueza técnica, puede darnos la visión concreta y emocionante de los espectáculos más grandiosos y sublimes, solo privilegio, hasta hoy de la imaginación del hombre, dice el filmador artístico. Así, el film deviene pura ilustración de lo que imagina el artista genial.

El film anti-artístico, por lo contrario, lejos de todo concepto de sublimidad grandiosa, nos enseña, no la emoción ilustrativa de los desvaríos artísticos, y sí la emoción poética completamente nueva de todos los hechos más humildes e inmediatos, imposibles de imaginar, ni de prever antes del cine...